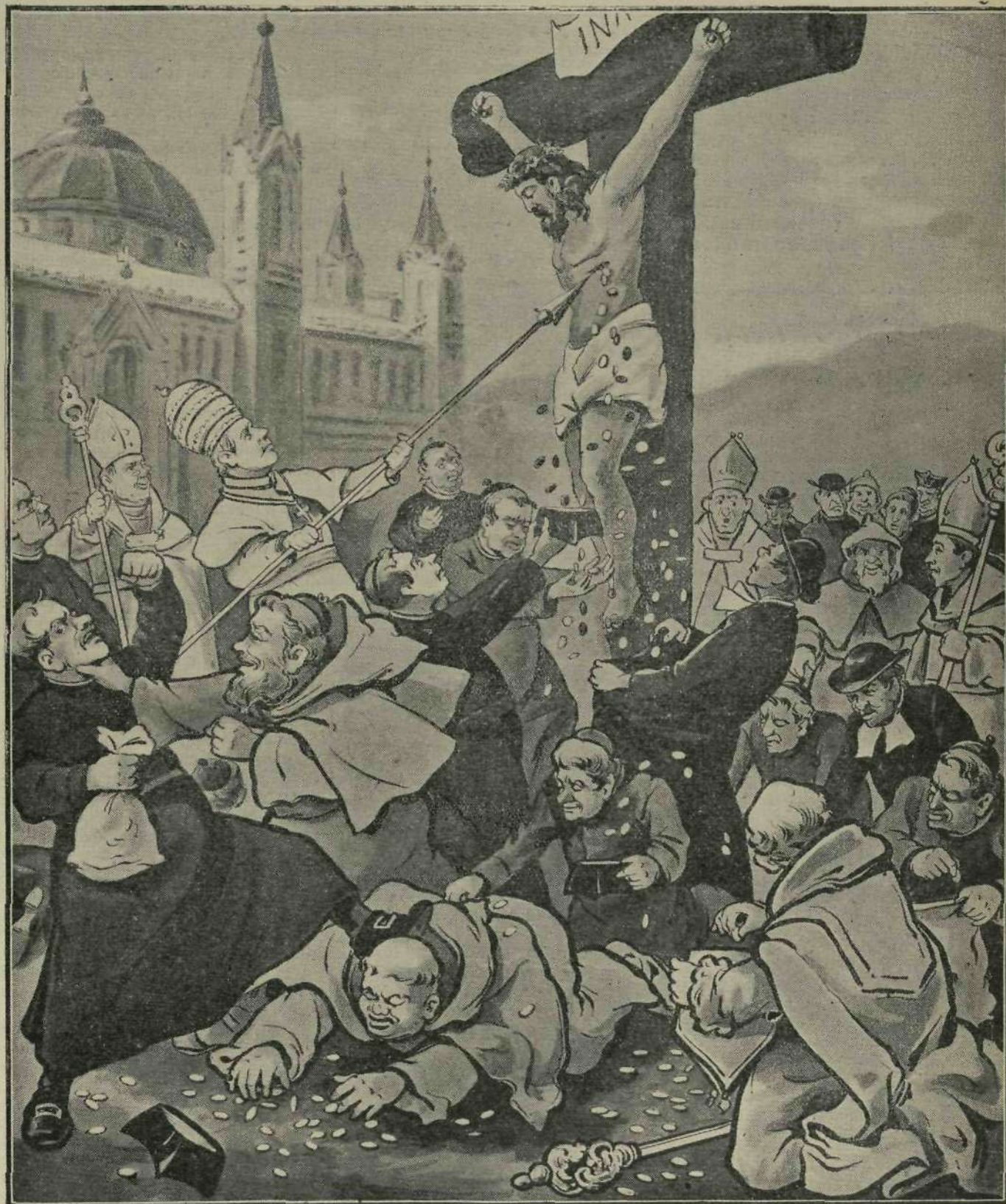


Año XXX.

Madrid, Jueves 6 de Octubre de 1910.

Núm. 39.



Si ocurriera ese milagro ¿veríamos esa escena?

Folletos y Hojitas

Hemos puesto en Correos el tomo tercero de la segunda serie, titulado "Lo que se comen los curas" por "Fray Gerundio."

Habiéndose agotado las dos tiradas que hemos hecho de las "Hojitas Extraordinarias" tituladas: "¡Hijos del Papa, á manifestarse!" y "L' Áplech" (ésta escrita en catalán), en toda esta semana serviremos los nuevos pedidos que se nos han hecho para las manifestaciones del 16 que preparan los clericales.

La caricatura

¿Está completamente justificada la duda que se plantea en el pie de la caricatura de este número?

Si un papa, ó un cardenal, ó un obispo, ó un cura, ó un fraile hiriese el costado de Cristo con el propósito de ver si salía sangre y con este milagro convencer á los incrédulos; y en lugar de sangre brotasen monedas de oro de la herida, ¿contemplaríamos la escena que el dibujante indica? ¿Veríamos á las gentes de Iglesia arrojar frenéticas sobre aquel tesoro, tan riquísimo por su valor intrínseco como por su procedencia divina? ¿O creerían esas gentes que Cristo había hecho el milagro para recordarles que El dijo: "Mi reino no es de este mundo" y que la avaricia es el segundo de los pecados capitales, y caerían entonces á sus pies, no para recoger las monedas, sino para pedirle perdón y demandarle misericordia?

Doctores tiene la Iglesia que podrán aclarar esta duda, que yo me atrevo á exponer modestamente.

La España católica

Se ha manifestado el domingo después de estar por espacio de dos meses hinchando el perro del entusiasmo.

Sobre los informes de la prensa diaria del mismo día, los católicos manifestantes fueron:

Madrid.....	6.000
Pamplona.....	15.000
Murcia.....	14.000
Oviedo.....	12.000
Orihuela.....	3.000
Sanlúcar.....	2.000
Granada.....	3.000
Huesca.....	3.000
Sevilla.....	1.273
Castellón.....	1.200
Córdoba.....	3.000
Vitoria.....	6.000

De otras poblaciones no se señalan las cifras. En Pamplona, Oviedo y Vitoria, han acudido en tropel gentes de las respectivas regiones.

En total los manifestantes han llegado á unos *cien mil*. ¡En una nación en donde hay cien mil frailes y monjas, cincuenta mil obispos y clérigos, doscientos mil asilados y hospicianos...! El fiasco no puede ser mayor.

¿Pero no gasta España 200 millones de pesetas en gajes eclesiásticos?

Cédame el Estado un par de añitos el presupuesto eclesiástico y verá los *manifestantes anticlericales* que salen á la calle.

La causa liberal no pudo esperar mayor triunfo. Los católicos de boquilla no llegan á cien mil... Los de espíritu... *cero*.

Considera por ti propio
y ponte tú á carculá,
esas ánimas benditas
los cuartos que pueden dar.

Por un piojo...

Las sacudidas y retozos clericales de estos días ¿á qué vienen? ¿qué significan? ¿qué fin tienen?...

Convengamos en que lo hecho hasta aquí por el gobierno liberal, no es causa suficiente de tales jaranas. Total una cruz de quita y pon en la capilla protestante de la calle de Beneficencia.

No se debe, pues, á lo pasado la jergonza católica; débese más bien á proyectos para lo futuro. Sencillamente, el clericalismo propónese sangrarse en salud, gastando el último cartucho para sugestionar la opinión, induciéndola á discurrir de este modo: "si por un piojo el jesuitismo levanta tal polvareda ¿qué no haría si se cumplieran los vaticinios y ofertas de Canalejas?"

Este sistema es propio de niños y de matones cobardes; espantan el miedo gritando y esconden en bravatas sus temblores. Ninguno de esos obispos bullangueros tiene ánimo de imitar á Caixal. Todos son Nozaledas, Guisasaolas y Pelaezes. Gritan porque creen que sus gritos companudos y hueros van á sembrar el terror en el pueblo liberal. Gritan porque están seguros de que el gobierno no sentará las costuras á sus indelicados y desagracedidos patrocina-dos. Gritan porque están ciertos de que á fin de mes no les faltará la nómina ni el Estado someterá á inspección las cuentas de sus diócesis. Gritan porque no sirven para otra cosa.

Y además gritan porque son ignorantes. Pues muy ignorante se necesita ser para no ver que trabajan contra sí mismos. Porque supongamos que con estas alharacas producen un cambio de gobierno y logran impedir que el poder público sienta la mano á los abusos clericales. Si en España no hubiese más que las gentes del Estado actual, y si

España fuese una nación independiente y aislada del mundo, tal cuenta podría resultar galana para la Iglesia; pero detrás de ese Estado está el pueblo *cansado y harto* de la hipocresía clerical, y detrás del pueblo español están Europa y América, cuyos pueblos están hartos de presenciar los escándalos de la Iglesia española.

Enrósquese la sierpe romana en la cerviz de la monarquía impidiéndole todo avance; esto será atraer la revolución y precipitarla; será irritar, provocar y desesperar al pueblo, y declarar la monarquía incapacitada para gobernar la nación ajustada á las exigencias del mundo civilizado. Será, en fin, notificar al mundo que la monarquía no es institución ni encarnación de la soberanía española, sino sierva de la Iglesia y feudo del papado que parece empeñado en hacer de nuestra patria la sentina de todos sus vicios y repugnancias.

¿Es esto lo que quieren el papa, los obispos y los frailes? En tal caso, siga la broma. Vendrá la revolución para abrir el paso que la monarquía cierra á la evolución. Al declararse fracasado Canalejas, quedará escrito el certificado de desahucio de la monarquía. Y la revolución tendrá derecho á cobrarse de los daños que la injusta y criminal continuación de este estado de cosas, causa en el pueblo.

Siguiendo una frase de *La Epoca* apropiado de Ferrer, podemos decir que la revolución está hecha hace tiempo en la conciencia nacional y en la conciencia europea. Al amanecer cada día las gentes exclaman: *¡Todavía no ha venido la revolución!*

Obispos, frailes y monárquicos participan de igual temor profético. Todos y cada uno por su parte dínse prisa en sacar de España los capitales; escondiéndolos en los bancos extranjeros con interpuestas personas; todos están liquidando secreta y urgentemente y á cualquier precio, las joyas, imágenes, cuadros, tapices y objetos de gran valor; reduciéndolos á moneda móvil y á billetes y cheques de fácil ocultación y transporte. Ahí está la confesión de la creencia; la revolución proyecta sobre ellos su silueta; véñla venir y se apresuran á poner á buen recaudo el vagaje.

¿No queréis evolución lenta ni ancianidad y agonía tranquilas?

Sea enhorabuena.

Pero que conste que conocemos el valor de estas *manifestaciones del miedo*. Gritos, juramentos, promesas, bravatas... ¡y rada más!

El gobierno debe tener cuenta de esto. Si el clericalismo fuese capaz de armar una guerra, ya estarían en el campo sus huestes. Si fuese capaz de hacer más de lo que *hace*, ya lo habría hecho.

En vez de escapularios, sus devotos habrían llevado fusiles; en vez de imágenes, pasearían sus cañones.

No pueden hacer más.

Ni pueden ser más pífidos.

Aprovechan las discordias del partido liberal, y la debilidad de la monarquía, los rumores de guerra en África y el murmullo de las protestas socialistas en España, para alborotar y amenazar á la monarquía y al gobierno con un nuevo conflicto y con una nueva guerra. ¡Ellos, los de la *Defensa social*, que hacían arma de estos cargos contra los revoltosos de Barcelona! ¡Ellos, los patrioterros del terror maurista!

Van á abrirse las Cortes y con ellas el último plazo que la opinión concede á Canalejas para proclamarse heraldo de la democracia ó traidor á la democracia.

Si arremete valerosamente contra el *enemigo*, el clericalismo quedará arrollado. Estas mismas manifestaciones de furiosa rabia deben servirle de estímulo para ir más allá de lo proyectado.

El clericalismo, como perfecto fariseo, rasgará sus vestiduras lo mismo tocándole un pelo del rabo que cortándole la cabeza.

¿Qué ocasión mejor que esta, para invitar al ejército negro á echarse al campo donde puede cumplir sus juramentos y llevar á la piedra de toque de la práctica la sinceridad de sus griterías?

Malhaya la ropa negra,
el sastre que la cortó,
el *sotana* que la usa
y el *primo* que la pagó.

"LA JUSTICIA LEGAL ESPANOLA"

Esta frase huera ha lanzado, ahuecando la voz ante un rebaño de idiotas, el señor La Cierva, parapetándose tras ella para lavarse las manos de la sangre de las víctimas de la represión.

No creíamos tan ignorante á La Cierva.

Justicia legal nacional era la que asesinó á Cristo, y la Iglesia oficial del Estado español llama «asesinato» á aquella ejecución, y llama cochinos asesinos, marranos homicidas, y gorrinos fariseos de la justicia á los interventores del proceso, incluso á su Majestad el Rey Herodes y al primer magistrado excelentísimo señor Pilatos.

Si mañana se constituye legalmente una Convención y condena á La Cierva á ser fusilado ¿qué dirá de la *justicia legal española*? Pues será tan española y tan legal como aquella de Montjuich.

Pero además miente Cierva; la opinión pública no ha protestado de los fusilamientos de Barcelona por lo que tuvieron de «justos», de «legales» y de «españoles», sino por lo que tuvieron de inquisitoriales, de clericales, de inicuos, de impolíticos, de escandalosos, de impíos y de inhumanos.

La prueba de que hay alguna diferencia de justicias legales españolas, es que ahora se están absolviendo reos acusados de los mismos delitos y con iguales pruebas que los que antes fueron fusilados. También es «justicia legal española»

la» esta que absuelve. ¡Tanto como la otra! Pero no es CIERVUNA.

Y en esto está el *quid* del veneno.

Por último, la *justicia legal* no fusiló á nadie: quien *fusiló* fueron *Maura* y *Cierva*, encargados de la ejecución.

Los jueces PROPONÍAN... á un gobierno que creían justo, legal, patriota y con sentido común; Maura y Cierva DISPONÍAN locamente, sectariamente, impolíticamente é inicualemente.

Así lo ha fallado la conciencia universal.

No me mires, que me matas
con esos ojos tan tristes,
que pareces á un *oremus*
cuando no pesca monises.

Gritos piadosos

*apropiados para las manifestaciones
clericales*

¡VIVA EL OBISPO DON OPAS! (*Traidor á la patria.*)

¡VIVA EL CARDENAL CÉSAR BORJA! (*Que tiró el capelo y murió excomulgado y desenterrado en Viana.*)

¡VIVA JULIA FARNESIO! (*Amante de Alejandro VI.*)

¡VIVA EL PADRE PETERS! (*Degollado en el colegio de Chamartín.*)

¡VIVA TERESA TORRES! (*Victima de las oblatas.*)

¡VIVA RAVAILLAC! (*Jesuita, asesino de Enrique IV.*)

¡VIVA CLEMENTE XIV! (*Envenenado por los jesuitas.*)

¡VIVA EL VENERABLE PALAFOX! (*Espanito del jesuitismo.*)

¡VIVA JUANA DE ARCO! (*Quemada por la Inquisición.*)

Y otros parecidos.

Si por pobre me desprecias,
digo que tienes razón:
aunque eran ricos mis padres
fué un capellán mi tutor.

Cura: cumple como hombre

El cura de Salsadella tenía un ama. Ama que tomó celos de una joven muy guapa que el presbítero de su corazón prefería.

Y les fué con el cuento á los mozos del pueblo, entre los cuales había varios que por la joven andaban chifladitos.

Y los mozos se han dedicado á *sacarle* coplas al matrimonio místico.

Y coplas tan verdecitas, que hasta el propio sacristán se ruboriza.

Si ese cura dejara los hábitos para unirse á esa joven, yo le aplaudiría.

Como aplaudí allá por Julio de 1883 á uno que lo hizo, en un artículo que reproduzco á continuación, para demostrar que si he combatido siempre á los que cubren con el hábito ó la sotana sus liviandades, abandonando después á sus víctimas, nunca he dejado de

elogiar á los que procuraron remediar como hombres las faltas que cometieron como sacerdotes; y que he condenado y condeno, no el hecho en sí; las infamias que siguen al hecho.

Y consecuente con este criterio, he honrado y enaltecido al traile ó al cura que cumple sus deberes de hombre, con preferencia á sus deberes religiosos.

El artículo es este:

LEY DE VIDA

Venga esa mano, cura de Alicante que acabas de abjurar del catolicismo para unirse á la mujer que amas. Eres un hombre, y un hombre honrado.

Que griten y se indignen hipócritamente los tios de tanto sobrino sin padre, por un acto que te da derecho á ser padre de tus hijos. Desprecialos. Mas no, que los honrarias.

Dirán que el instinto carnal te ha empujado. Error y falsedad. Para satisfacerlo cumplida é impunemente, ningún estado como el que abandonas. Ellos lo saben y nosotros también.

Mas aun suponiendo que así fuera, ¿quién se atrevería á condenarte? ¿O es que vamos á estar pagándonos perpetuamente de frases huertas é ideas absurdas?

La pasión de la carne es la primera y la más noble de cuantas nacen en el corazón del hombre, y la más irresistible á la vez. Como que es principio de vida. ¿Principio? No, es la vida misma.

Que la costumbre y la ley la encauzan, creando una flección legal, el matrimonio, para hacerla servir mejor á los fines sociales... ¿Y qué? Pierde por ello en importancia? Yo diría que aumenta. ¡Desgraciado clérigo! Cuánto habrás luchado y sufrido antes de deciderte á dar ese paso, natural y lógico, pero que lleva consigo el anatema.

Al llamar el amor á las puertas de tu alma, y más si llamó tarde, ¡que de inesperadas revelaciones! ¡Qué de sacudimientos extraños!

Los sueños de la adolescencia y los ardores de la juventud, las caricias deseadas y los deleites presentidos, todo lo que creías muerto se alza ante ti en poderosas manifestaciones de vida.

Los antros oscuros de tu conciencia se iluminan y la naturaleza ultrajada vuelve por sus fueros, azotando el rostro de todos los dogmas que viven de mutilaciones de la carne y del espíritu.

La sangre hierve en tus arterias y rugo de alegría al afluir por tus venas en oleadas á tu corazón; en tu cerebro estallan torbellinos de ideas viriles, y al ver á tu Eva estremécese todo tu sér.

¡Qué mirada la suya! Cuando tropieza con tu mirada, incendiándose ambas al choque, rásgase el velo del porvenir, y descubres soles espléndidos en horizontes infinitos.

Todo en la creación se alía para enloquecerte. Los astros alumbran por ella; las flores brotan porque ella existe; el canto de las aves no es más que el remedo de su voz. Ella por todas partes; siempre ella, y sólo ella. *Llenos están los cielos y la tierra de su nombre.*

¿Y había de ser mentira todo esto? Encantos, éxtasis, sensaciones sublimes, aspiraciones al ideal, cuanto levanta tus pies del polvo de la tierra, ¿no sería otra cosa que una añagaza de

la naturaleza, un lazo infame para perder tu alma?

El hambriento afán con que unirías tus labios á sus labios, hermoso nido de existencias en germen, y el ansia con que beberías su aliento, ¿habría de ser nada más que el deseo brutal de un placer extinguido apenas gustado?

¡Sacilegio! ¡Impostura! ¡Cómo te han engañado, pobre clérigo! La carne que te habían enseñado á despreciar, es soberana, omnipotente; y el alma, que creías su señora, es su esclava.

Intenta, si no, sustraerte á su dominio, invocando deberes, votos y creencias. Sobre las ruinas de todos los convencionalismos verás erguirse á la mujer, tendiéndote sus brazos, amante, sonriente...

¿Huir de ella? Imposible. En tu casa como en el templo, blasfemando ó gimiendo, con los puños crispados ó las manos cruzadas, de día como de noche, siempre y donde quiera que te refugies, allí estará.

Y nada de lloros ni de rezos: tus lágrimas se incendiarán al tocar tus mejillas, si es que no se secaron al asomar á tus ojos, y en tus rezos no pasarás nunca del *bendita tú eres entre todas las mujeres*.

Equivocarás el nombre de la Virgen con el de la mujer que adoras; escucharás su voz en las últimas vibraciones del órgano; y lo mismo al arrodillarte ante el ara santa, que al elevar la hostia, la contemplarás á tu lado cada vez más bella y atrayéndote cada vez más.

Arrástrate en las losas, golpea las paredes con el cráneo, revuélcate en tu lecho... Los suspiros que lances se transformarán en rumores de alas, las maldiciones en cuchicheos de hojas, las blasfemias en chasquidos de besos.

Ataraza tu carne con los dientes, magullala, macérala, que, como el mártir que afirmaba en el tormento la ley de Cristo, ella confesará la de su naturaleza desafiando tus iras y burlándose de tu poder.

Y si alguna vez, cansado de combatirla y aniquilarla, crees que yace en reposo, escucha, y la oirás entonar tristemente este himno de desgarradora melancolía: *En mi lecho por las noches busqué á la que ama mi alma; la busqué y no la hallé*.

Sagrados preceptos, ejemplos de resistencia... Todo inútil. La ley está dada, y hay que cumplirla: *Creced y multiplicaos*. Es universal, es eterna, y no admite trasgresiones. O se cumple á la luz del día, ó en las sombras; ó digna, ó infamemente.

La cadena del deber se funde al fuego del deseo, la voluntad muere, y la razón se turba ante las justas rebeldías de la carne. ¿Qué votos, ni qué propósitos, ni qué temor al castigo de los hombres ni á la ira del cielo?

No hay remedio. Hay que abjurar de los dogmas que mutilan, y entrar valerosa y orgullosamente en el concierto de la vida: ser hombre, y cumplir la ley que manda *abandonar al padre y á la madre, para unirse á la mujer, y ser dos en una carne*.

Honor á ti, que lo has hecho, clérigo de Alicante; desprecio para el que, encanagado quizás en las degradaciones del vicio más abyecto ó sumido en el fango de la concupiscencia más grosera, arroje piedras en tu camino; y compasión ¡oh, sí!, mucha compasión para

el desdichado que se abraza en el fuego del amor sin firmeza bastante para romper unos votos que contrarian las sacrosantas leyes de la Naturaleza, y que pudiera exclamar con más razón que el Hijo del hombre: *Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?*

JOSÉ NAKENS

Soy de la opinión del cuco,
pájaro que nunca anida;
como el cura de mi pueblo,
que hace por fuera su cría.

La cabalgata clerical

Las lágrimas del Papa cocodrilo, ni las arengas episcopales, ni las intrigas jesuítas, han sabido sostener la seriedad dramática de la bullanga «concordada», á fin de demostrar ante Europa la *gran fuerza* de la España clerical, llevando el canguelo á aquellas regiones en donde se otorgan las confianzas engendradoras de los gobiernos.

Los integristas, que pensaban aprovecharse de este río revuelto para pescar algunos satélites; los carlistas, que pensaban con ello robustecer su personalidad matonil; los mestizos, que soñaban sacar de ahí la *unión católica*; todos aquellos, en fin, que en Agosto de 1909 aplaudían á rabiarse desde la barrera del circo nacional, gritando: «¡liberales, á las fieras!», saboreando los placeres del *spoliarium* de Montjuich, al acabarse el estrago de la fiesta salvaje hanse puesto mohinos, hanse entregado á sus familiares instintos, y, no pudiendo devorar liberales, empiezan á devorarse unos á otros.

Los obispos se levantan contra los laicistas, integristas y carlistas, por comprometer la religión; éstos se levantan contra aquéllos, por explotadores del rebaño de Cristo y por inútiles; todos andan á la greña y prometen acabar como el consabido rosario de la aurora.

Prueba inequívoca de que aquí cada cual buscaba su negocio particular; y en acabándose la esperanza del negocio, se acabó la *comunión bélica*, hasta que Cierva vuelva á presentarles un festín de cabezas liberales, en cuyo caso todos los fieles romanos se unirán para gritar: *¡presupuesto y sangre!*, que es el eco del *panem et circenses* de otro tiempo.

Ayer te ha insultado el cura
y lo quieres calentar;
digo con el Padrenuestro:
«hágase tu voluntad.»

Enanos de la venta

Llegan formados militarmente varios grupos á Ripollet, luciendo boinas blancas y encarnadas, llevando banderas y armados de largos palos que remataban en ganchos por uno de sus extremos. ¿De dónde procedían? De los pueblos

de Sardañola, Moncada, Santa Perpetua San Andrés, Papiol y Barcelona; entre ellos iban los «requetés» de Sabadell y de la barriada de Gracia.

¿A qué iban? A asistir al mitin anunciado en un café salón.

Y aquellos grupos que se acercan, ¿son de carlistas también? No, son de radicales, que acuden á responder á la provocación de los católicos.

Empieza el mitin, al que asistió como delegado el alcalde, y concedida la palabra al orador de tanda, se arrancó por insultos y amenazas al liberalismo en forma tan destemplada y agresiva, que al poco rato, ni Dios se entendía en el salón. Vivas y mueras de todos calibres, denuestos de todas clases, bofetadas de diversas categorías; estropajosos que vomitan injurias, beatas que eclipsan verduleras, y en fin, que no tuvo el alcalde otro remedio que llamar á la guardia civil y ordenarle que disolviera el aquelarre católico, saliendo los de los pinchos y las banderas á toda prisa para sus pueblos cantando bajito, como ocurre siempre que los liberales, cansados de la procacidad y desvergüenza de los católicos, dicen: «ea, se acabó». Y se acaba.

Los clericales chillan, cuando callamos; se envalentonan, cuando usamos de prudencia; amenazan, cuando ven que los despreciamos; pero en el momento que les decimos ¡bajen ustedes!, como le dijeron al famoso enano de la venta, se ve que son descendientes suyos por línea recta.

¡Embusteros!.. ¡Voringleros!.. ¡Maricas!.. ¡Luises!...

Después de haber almorzado opíparamente, cual suelen los de su clase, el arzobispo Guisasola dijo en Náquera, á donde había ido de visita pastoral:

«Para defender á la Iglesia, hermanos míos, hay que perder hasta la honra.»

Ahora me explico por qué suelen ser tan sinvergüenzas muchos clericales.

Lecciones de penetración pacífica

Al solucionarse la huelga de Bilbao con un triunfo, aunque no muy positivo desgraciadamente, de los obreros, se ha advertido que las últimas resistencias ofrecíanlas los ingleses...

Han ido claudicando los representantes ó propietarios españoles, conciliando siquiera, momentáneamente, intereses antagónicos y aplazando, hasta la reforma legislativa ofrecida por Canalejas, la concordia definitiva sobre duraderos cimientos. Añadamos, que tampoco las disposiciones de la ley son permanentes: el alma obrera despierta á un nuevo derecho, anhela un equilibrio que constituya toda una revolución económica y hacia ese ideal concentra energías y dispone el sacrificio. Esas lentas y costosísimas concesiones del poder son los pedruzcos del futuro. A la igualdad se llega por una penosa

ascensión. Con hambre proletaria se construye esa escalera. ¿Qué iluso negará el partido que adopta la victoria? Leyes y contratos de hoy sólo servirán para documentar en el porvenir á los grandes reformadores. Son la historia del proletariado y de la burguesía, dos grandes ejércitos, los primeros que aparecieron sobre la haz de la tierra, los dos últimos que desaparecerán.

Es digna de meditación la tenacidad de los patronos (extranjeros en tierra española. ¡Y á su lado estuvo en toda Vizcaya la Prensa clerical! Irrita el distraz de patriotismo en que se oculta la siniestra acción jesuítica de los reaccionarios. Apenas entablada la reforma religiosa, los clericales adoptaron la causa de Roma contra España. Y en sus órganos vociferaban contra Canalejas, y advertían que, si era necesaria una acción violenta contra las instituciones españolas, á ella irían resueltamente. Ahora, al estallar el conflicto minero, los periódicos vaticanistas han defendido los intereses de la burguesía, española ó extranjera, contra las reclamaciones de los humildes. Leed los periódicos clericales: ni uno solo defiende al obrero, en casos semejantes. Todos, absolutamente todos, se ponen en comunicación con el capital, que es su verdadero Dios.

Pero no es esto lo más notable, aún con serlo tanto. Lo que sorprende es la intransigencia de los extranjeros. ¡Y aún se piensa en la conquista del Rif! ¡Y aún nos vamos á matar por la posesión de las minas africanas! Pero, ¿no sería más patriótico nacionalizar las que se hallan en poder del extranjero? ¿No supondría esta redención todo un programa de gobierno? Porque las principales fuentes de riqueza hallanse en manos extrañas: tranvías, alumbrado, aguas potables, grandes industrias, minas, etc., etc. Hay, sin embargo, una diferencia de procedimiento entre lo que los extranjeros hacen en España y lo que nosotros hacemos en el extranjero.

Es muy simple. Desde hace muchos años se habla de nuestra penetración pacífica en el Rif. Pero, ¿qué es esto de la penetración pacífica? ¿Pedimos informes á las cancillerías europeas y no nos contestan: aun el mismo Delcassé, que es el inventor de la frase, se encoge de hombros ó elude una contestación categórica. Claro, es una «boute-de» ó cosa así, sobre todo, tratándose de un pueblo bárbaro. Los países, cultos ó incultos, se conquistan con dinero. ¿Una prueba? ¡España! Todos los grandes negocios hallanse en poder del dinero judío, alemán, francés ó inglés. Obras públicas, puertos y pantanos, vías de comunicación terrestres y marítimas, construcción de armamento nacional de mar y tierra, ¡hasta el subsuelo es suyo! Sólo le falta al capitalista invasor comprar los cementerios. ¡Oh, que lección de penetración pacífica! Tanto, que, en plena paz ha penetrado hasta por bajo tierra.

Y teniendo en nuestro propio hogar una escuela de pacífica penetración, ¿cómo nos atrevemos á ser innovadores en esta gigantesca pedagogía del dinero? ¿Pero acaso los extranjeros para penetrar en España y apoderarse de lo más próspero y lucrativo, han disparado un solo tiro? ¿Donde se han librado las batallas para la conquista de

las minas de Almadén, minas de Río Tinto, minas salitrosas de Fuente Piedra? ¿En qué anales históricos se conmemorará esta epopeya, esta rendición al invasor de tranvías, fábricas de gas y electricidad, grandes empresas públicas...? ¡Testarudez española!

No cabe duda que obramos con absoluta falta de lógica. Somos un contrasentido en acción. Los capitalistas extranjeros en España están en pugna con el proletariado español; y nosotros, lejos de enviar ejércitos para defender á los nacionales, invadimos las zonas perturbadas con soldados españoles también, que nunca, ni por error, dan un pie de paliza á un burgués de allende los Pirineos: siempre lo pagan los obreros nacionales. Y cuando el ejército termina, por mandato gubernativo, esta misión sacratísima de defender al invasor adinerado contra el indígena pobretuco, nueva orden y al Rif á conquistar minas fantásticas... Y los clericales aplaudiendo la campañita guerrera que se maten allá los soldados españoles.

¡Decididamente los republicanos somos muy antipatriotas!

P. AZZATI

Anda diciendo tu mare
qu' eres tú mejó que yo;
y ni ella que t' ha pario
ni er cura que te engendró.

Quejarse de vicio

Los católicos se entregan á toda suerte de manifestaciones *contra el gobierno*.

Si Canalejas hubiese suprimido el presupuesto, expulsado los frailes y el Nuncio, impuesto contribución á las fiestas religiosas y proclamado la libertad de cultos, ¿podrían hacer más contra él los católicos?

Ni los clericales pudieron hacer más contra el gobierno, ni Canalejas pudo hacer menos.

¿Qué manifestarán los católicos cuando realmente les toquen en lo vivo? Como las monjas y frailes no echen al aire los hábitos para manifestar las vergüenzas, no les queda ya desvergüenza sin manifestar.

Las estreñitas del cielo
y las arenas del mar
son menos que los *sobrinos*
del cura de mi lugar.

Procesamiento justo

La Audiencia de la Coruña ha ordenado el procesamiento del cura Herimida, que vive sobre el pueblo de Quemibre, por haberle negado la comunión á una mujer muy religiosa y á la que acababa de confesar y absolver.

No me parece mal; antes al contrario. Sueño con el día, acaso muy lejano, en que la justicia mida con el mismo raso al hombre y al cura.

Y me parece además equitativa la medida. Si el tahonero que amasa pan

de trigo para el público se negase á venderlo á persona determinada por rencillas que con ella tuviera, ¿no sería castigado? Sí.

¿Pues cómo tolerar que un cura niegue el pan de vida eterna á una persona que hambrienta lo solicita, y que ha cumplido con todos los requisitos necesarios para tener derecho á *jamárselo*?

Hay que ponerse en la razón.

El corazón se me parte
de pena y de sentimiento
cuando te vas con el cura
á coger coles al huerto.

¡Bien por los tagalos!

Leo en el número 154 de *La Vanguardia*, diario de Manila:

«FUERA ASESINOS DE RIZAL

(POR TELÉGRAFO)

Lipá, 11. Agosto.

VANGUARDIA.—Manila.

El pueblo ha manifestado su disgusto por la venida de Petrelli y de los frailes, gritando: «fuera asesinos de Rizal.»

KATIGRAK

Me duele mucho verme obligado á reconocer que aquellos tagalos, á quienes considerábamos de raza inferior por las descripciones que de ellos nos hacían los frailes, nos aventajan en valor y patriotismo.

El'os se oponen á la entrada de quienes los explotaron, humillaron y sacrificaron.

Nosotros (salvo excepciones) halagamos, enriquecemos y defendemos á los que sacrificaron á nuestros padres y nos despojan y sonrojan.

¡Oh, tagalos! Merecéis ser libres.
Porque sois dignos.

Yo no sé qué tienen, madre,
la sotana y el manto,
que en cuanto guipo algún cura
empiezo á temblar de miedo.

LOS SEMINARISTAS

El seminarista se da cuenta de su desgracia cuando ya no tiene remedio, cuando ha cursado siete ú ocho años de latín, filosofía y teología y se encuentra casi un hombre sin oficio ni beneficio y sin conocimientos utilizables, porque lo poco que aprendió en el Seminario no le servirá nada.

Entonces se resigna, acepta el engaño, se conforma con el secuestro ó se propone sacar el mejor partido posible de la situación.

Aquello de que el sacerdote es luz del mundo y sol de la tierra, amigo de Dios, á quien obliga por su palabra á bajar del cielo y encerrarse en la hostia que sostiene en sus manos, lo de taurmurgio sagrado que borra con su ab-

solución los pecados y saca con sus oraciones las almas del purgatorio ó las redime enderezándolas á la gloria, resulta una verdadera filia.

El obispo le trata á puntapiés, el secretario le habla fuerte y desconsideradamente, le desprecian los canónigos, los párrocos no le saludan y hasta los sacristanes le miran con desden.

¿Pues, no soy yo, se dice el nuevo clérigo, luz del mundo y sol de la tierra, y hago lo que no pueden hacer los ángeles, que es el cuerpo y la sangre de Cristo?

O todo esto es mentira, ó los obispos, los párrocos, los canónigos y hasta los servidores de la Iglesia son unos farsantes y unos malvados.

Pero es tarde; el secuestro sacramental está hecho, la Iglesia no soltará su presa y hará que el mísero esclavo la sirva de rodillas.

El pobre clérigo se ha jugado su libertad.

No puede casarse.

Ni vivir con mujeres jóvenes.

Ni vestir como los hombres.

Ni asistir á los teatros.

Ni á las corridas de toros.

Ni ejercer ningún oficio.

Ni ningún empleo.

Ni ausentarse de su pueblo.

Ni profesar ideas políticas, fuera del carlismo.

En una palabra; el sacerdote es de peor condición que el esclavo, y el secuestro de su voluntad y de sus derechos de peor índole que el de las personas que caen en poder de bandidos.

A un cura no le es permitido cambiar de opinión; y es de tal manera su desgracia, que ni aun se le concede la indulgencia del arrepentimiento.

Entra en el santuario coartado, pero vive en la engañosa esperanza de un porvenir tranquilo; llega el momento en que ni su conciencia encuentra modo de cohonestar los deberes con las intenciones, ni los medios de satisfacer las más comunes y perentorias necesidades de la vida se ponen á su alcance, á pesar los inmensos sacrificios que realiza.

Entonces quiere pensar seriamente en la huida de aquella cueva de ladrones en que ha caído; es tarde; la Iglesia había tomado ya todos los caminos; el Estado garantizaba este secuestro del sacramento del orden; no le reconocía ninguno de los derechos civiles comunes á todos los ciudadanos; había pactado un imposible, aun siendo menor de edad; no le importe; el catolicismo es la religión del Estado y el cura español un «Niño Mortara» de la propiedad y pertenencia de la Iglesia.

Con la secularización del Estado concluiría este secuestro que, con patente de corso de los gobiernos, realiza la Iglesia en la juventud ignara.

¿Que me equivoco?

Pruebe el Estado á ofrecer á los curas empleos de 1.500 pesetas y libertad para el ejercicio de todos los derechos

de ciudadanía, y es seguro que desertan hasta los canónigos.

No; no es posible que en una nación civilizada se garantice el secuestro de los hombres por cuatro conjuros y pases de manos del obispo. Bueno que se ordene el que quiera y que haga los votos que tenga por conveniente, pero el Estado no debe convertirse en brazo armado del secuestro de una asociación religiosa que pretende retener y retiene á los infelices engañados toda su vida bajo su férula y dominio.

El Estado debe dejar al clero católico en la misma libertad que deja al clero protestante; de otro modo tendrá que soportar la nota de eterno cómplice del secuestrador sacramental y aliado de las iniquidades de la Iglesia.

CANTACLARO

Señor alcalde mayor,
no prenda usted á los ladrones
si permite que anden sueltos
los frailes de cualquier orden.

Noticia extraña

Asegúrase que el Papa va á publicar una encíclica dictando medidas de rigor contra los católicos.

En ella obligará á los curas á negar sepultura religiosa al que no haya cumplido el doble precepto de la confesión y de la comunión pascual, ó cuando menos no las haya recibido en el momento de la muerte, ó si algún sacerdote no puede testificar positivamente que el difunto se arrepintió.

¿A que no la publica? Buenos están los tiempos para venirse con tonterías de ese calibre.

Mas por si acaso, constrúyanse cementerios civiles donde no los haya todavía y agrándense los existentes.

Al año de publicarse la encíclica entrarían menos difuntos en los cementerios católicos que hoy en los civiles.

¡Y de qué calidad esos menos! De la peor de la clase: prestamistas, usureros, socios de hermandades, luises, algunos frailes, algunos curas y acaso algún sacristán. Toda la basura humana.

Rectificación

Escrito lo anterior, leo que el Papa no tiene tal propósito, sino el contrario: facilitar más todavía que hasta hoy los enterramientos católicos.

¡Ya decía yo! ¡Si no podía ser! Hubiera esa medida superado en torpeza á la del comerciante que, al ver que se le escapaban los parroquianos, tirase de garrote para atraerlos á palos.

Hoy las corrientes comerciales van por otro camino: por el de halagar y obsequiar á todo el que favorece un establecimiento determi ado.

El día que los cementerios civiles se construyan en debida forma, no descon-

fío de ver este letrero ú otros parecidos en los cementerios católicos:

SE GARANTIZA

EL BUEN TRATO Á LOS CADÁVERES

HEMOS ORDENADO

A LOS GUSANOS QUE NO ABUSEN
DE SU POSICIÓN
PRODUCIÉNDOLES MOLESTIAS INNECESARIAS

LOS CADÁVERES

viven aquí más á gusto que en sus casas

NO NOS DESMENTIRÁ NINGUNO

Tendió sobre una estera,
vestió con la mortaja,
como viese entrar á un cura
de fijo que me largaba.

El obispo de Niza contra el de Roma

El obispo de Roma contra el de Niza

Riñen los obispos,
y se ponen chispas.

D. José Sarto (Sastre en castellano), obispo de Roma, publicó un bando, llamado encíclica, disponiendo que los niños hagan á los siete años la primera comunión en vez de hacerla á los doce.

El Sr. Chapón, obispo de Niza, escribió una carta al arzobispo de Lyon reprobando el bando del Papa.

Su compañero de Roma ahora repueba la carta del cofrade de Niza.

Y los obispos españoles se ríen del uno y del otro.

A nosotros nos parece muy bien que la comunión se haga cosa de niños.

Y nos parecerá mejor que el Papa mande envolver con una capita de azúcar la sagrada forma, lo cual para nada repugna á la dignidad del sacramento, ya que realmente Cristo se hacía de miel para los niños, diciendo: *Dejadles que vengan á mí.*

Con esto, Su Santidad daría origen á una nueva industria del sagrado pasteleo.

Podría darlas con merengue, con vainilla, con canela, con coco, es decir, bajo todas las formas pasteleras.

Le regalamos la originalidad de la idea, que será realizada antes de cincuenta años, aunque ahora parezca imposible.

Las iglesias se podrán llamar «pastelerías religiosas»; el cura se llamará pastelero, y así ganará no poco en propiedad el lenguaje.

¿Cómo quieres que en ti ponga
una firme volunta,
si eres sobrina de un cura
y nieta de un sacristán?

SANTANDER ¿CANTÓN CLERICAL?

Así parece proclamarlo la conducta de un inspector de vigilancia que pare-

ce llamarse Alcón, el cual inspector se permitió llevar á la Delegación á cinco repartidores de *Hojitas piadosas*.

El período co neo que da la noticia, trae las siguientes razones:

«Principalmente entregaban las referidas hojas á las señoras sin respeto alguno á sus ideas y á su sexo, y dando esto origen á algunos incidentes sueltos que hubieran ido en aumento de no haberse cortado de raíz semejante escándalo.

Así lo comprendió sin duda el señor Alcón, y á las doce del día de ayer, en pleno Boulevard, y cuando los ánimos estaban muy excitados, pues varios caballeros, acompañantes de damas á quienes se había entregado la hoja, que además de anticlerical es pornográfica, se disponían á tomar la justicia por su mano, ordenó la recogida de las hojas y la detención de cinco individuos que las repartían, los cuales fueron trasladados á la Delegación.»

Claro está que en la Delegación los pusieron inmediatamente en libertad; y claro está que para tapar la plancha, ese al parecer llamado Sr. Alcón, hizo la ceremonia de «tomar los nombres para cursar al Juzgado la oportuna denuncia». Y claro está que el Juzgado dará carpetazo á la denuncia del inspector, ya que las malas leyes españolas no señalan responsabilidad á los abusos inspectoriles, alguacilando á los alguaciles que alguacilan mal.

En cuanto á eso del sexo y de las ideas, el papelucho del obispo de Santander (el Judas Macarroni consabido) debiera saber que el mismo sexo y el mismo tamaño tienen las damas anticlericales que las beatas; y esto también lo saben los canónigos, como nosotros. Las ideas de éstas son tan respetables como las de aquéllas. Pues bien; los clericales fueron los que nos enseñaron á faltar al respeto debido al sexo y á las ideas de las señoras, repartiendo hojas que molestan y escandalizan á nuestras damas.

¿A cuál monago clerical ha detenido ese al parecer llamado Sr. Alcón, por ofender el sexo é ideas de las damas liberales?

Hacemos merced al obispo de Santander y á su periódico de su dicharacho «pornográfico». ¡Si confundirá las *Hojitas piadosas* de EL MOTIN con el catecismo del sexto mandamiento!

B en: cúrsese la denuncia, que vendrá á Madrid, que es donde radica el Juzgado competente, y veremos si Santander es una provincia española sometida á las leyes nacionales, desde el obispo al inspector, ó si es un cantón de Marruecos puesto bajo el capricho del sultán romano.

Estén tranquilos los repartidores; y al Sr. Alcón, gracias por el reclamo.

Cuando vengan los míos, lo nombra-
ré sacristán.

Pajarito, tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
dime si has visto en tu vida
un beato con honor.

GRACIOSISIMO

Leemos:

Roma 30 (3,35 tarde)

«Según noticias de Molfetta ha desaparecido misteriosamente de aquella población, y se ignora su paradero, monseñor Pascual Sagassi, de treinta y dos años, redactor de *L'Osservatore Romano* y alto funcionario de la secretaria de Estado, muy querido del Pontífice. Monseñor Sagassi había ido á pasar el verano en Molfetta y se había hecho allí muy popular.

De la misma población ha desaparecido en la misma fecha la hermosa señorita Elvira Galli, sobrina del obispo de la diócesis, con quien vivía, de veintidós años, huérfana, notable poetisa y dueña de un capital de 500.000 liras.

Ambos sucesos han intrigado profundamente á la opinión pública.

Los periódicos dan acerca de este asunto muchos detalles y explicaciones que omito. —TEDESCHI.

Ya vamos comprendiendo el negocio de la Santa Sede: una agencia de matrimonios temporales, á la moda de madama Cien-Kilos.

Los obispos se dedican á atrapar millones de los bolsillos diocesanos; los sobrinos se dedican á atráparse los al-
tío; el fraile y el abate se dedican á cazar los sobrinos...; la policía se habrá de dedicar á cazar los abates, la guardia civil á cazar los policías... y el cuento de nunca acabar.

El caso no tiene nada de particular; que un *prelado romano* se casé con 500.000 liras metidas dentro de una señorita, es cosa á la que el mundo está acostumbrado.

Frailes y monjas dedícanse á este comercio de vocaciones: sacan á sus catecúmenos los demonios del cuerpo y las pesetas del bolsillo.

Lo extraño es que se fugue. ¿Por qué se habrá fugado el prelado, si con haber traído á España á la sobrina episcopal y haberla metido en las Oblatas ó en el servicio doméstico quedaba tranquilo?

¿Y por qué fugarse? ¿Será que en el Vaticano no se consienten amores hetero-sexuales?

No vemos otra razón.

Con razón se planea el Papa de que la Iglesia anda de capa caída. ¡Hasta sus oficiales se la pegan! ¡Hasta sus favoritos!

Porque parece que monsignore Pasquale Sagassi no quiere ir á partir con nadie, ni en lo de las 500.000 liras, ni en lo de la sobrina.

Y por esto debe haberse fugado, con gran pesar de monseñor Rampolla.

De un día á otro vamos á vernos sorprendidos por noticias como éstas:

«El general de la Compañía ha desaparecido, fugándose con la generala del Sagrado Corazón, y ambos con el arca de caudales.»

«El cardenal canciller de la Santa Sede tiene un lance pendiente con el cardenal vicario por cuestiones de honor.»

«El jefe de guardias suizas ha sorprendido infraganti á su nuera con un triple de la Capilla Sixtina.»

«Del Vaticano ha desaparecido el sucesor de Alejandro VI, fugándose con la bella Julia Farnesio, amante de su antecesor.»

«El reverendo padre general de los capuchinos ha amanecido sin barbas. Las barbas del general han aparecido debajo de la almohada de la reverenda madre generala de las clarisas.»

Lo dicho. Eso de la Iglesia va á acabar con un can-can acompañado de repique general de campanas.

A mi párroco en la lengua
le mordió un perro rabioso;
en seguida busqué al perro
y lo atraqué de bizcochos.

ALFILERAZOS

El Papa ha largado tres decretos morrocotudos que ni de la fábrica de Nakens:

1.º Que comulguen los chicos á los siete años.

—¿Adónde vas, Manolín?

—A comulgar; pero acabo en seguida: espérame, que le vamos á arrimar la gran paliza al chico de la carbonería y á romperle los cristales al zapatero de mi calle, de cuatro pedradas.

—Oye, y á poner un adoquín por donde pasa el ciego de los billetes, para que se rompa el alma.

—Convenido: en cuanto me coma la hostia.

2.º Que no se dé sepultura eclesiástica á los que no comulguen y confiesen por Pascua florida.

Vayan preparando la dimisión los capellanes de los cementerios y buscando otro oficio los saltatumbas.

Por fin, nos dejarán descansar los curas que, quieras ó no, se empeñan ahora en cargar con todos los muertos.

Para enterrarse civilmente sin dificultades no hay más que dejar correr la Pascua florida.

Gracias, Santísimo padre, por tantas facilidades.

3.º El párroco no lo es por derecho divino, sino por mundanas artes; eso de la jerarquía es una solemnísimas ficción.

El cura propio no debe ser inamovible: el obispo lo destituirá de la noche á la mañana á su arbitrio y antojo.

El amigo Sarto ha reformado su programa en el que se consigna: «restaurar todas las cosas en Cristo», para optar por este otro: «trastornar todas las cosas y que reviente Cristo.»

En Picasent se están celebrando grandes fiestas á la Virgen. Como son varios los predicadores y están, como buenos católicos, en completo desacuerdo, uno aconseja á los fieles que se encomienden á María Santísima y se rían de los enemigos de la Iglesia; otro que se fíen de la Madre de Dios, pero que corran á engrosar los mitines y manifestaciones que contra el Gobierno se preparan; porque es lo que decía el predicador del domingo: «El

tiempos de Maura éramos los amos, mandábamos nosotros; pero ahora nos han dado un puntapié los pillos liberales; se preparan á expulsar los frailes y á suprimir la paga del clero; en una palabra, á suprimir á Dios.»

Más claro ni agua: el Dios para esta clase de curas, ya lo véis, es el dinero. Ateneos los de Picasent á la sabia doctrina del obispo de Madrid; nosotros no necesitamos de eso que llaman la «acción»: nos basta con la «oración.»

No hagáis el juego de cuatro tunos explotadores sacrílegos de la fe ajena y quietecitos en casa.

Los frailes dominicos y los jesuitas de Manila—porque aún hay jesuitas y frailes en aquella República—andan á la greña sagrada por lo de siempre: por el dinero.

Los dominicos, que por lo visto lo mismo se currelan un sermón ó una tanda de misas gregorianas que ayudan en la suprema faena á las inminentes aspirantes á la maternidad, ó preparan científicamente el ungüento doble mercurial contra incómodos insectos, habían establecido una escuela de Medicina y otra de Farmacia para ir tirando.

Los jesuitas protegidos por Pío X, con el pretexto de que la casa y bienes que usufructuaban los frailes pertenecían á una fundación de objeto más eclesiástico, á un seminario, han plantado á los dominicos de patitas en la calle, acabando con los hipócritas y galenos sagrados.

Los hijastros del de Carelueta han lanzado tumultuosamente á sus quinientos alumnos de Obstetricia, Química orgánica y Toxicología, artes y ciencias de curar á los enfermos y de matar á los sanos sin responsabilidad de ningún género, contra sus enemigos los viznietos del de Manresa, y hay con tal motivo un cisco religioso en la capital del archipiélago filipino que enciende el pelo.

Felicito por ello á mi ilustre amigo el doctor Aglipay, obispo y jefe de la Iglesia católica independiente de aquella República.

Uno de esos payasos á quienes el Espíritu Santo, escamado de los obispos y de los curas, acaba de confiar la defensa de su carísima esposa la Iglesia, ha rebuznado en la catedral sagrada de un mitin católico: «Soy amante de la España tradicional, pues todos los demás no son sino partidas de «vivillos.»

Bien dicho y á tiempo. Como los fundadores del Banco tradicionalista de Alfonso XIII, como los católicos del Monte de Piedad de Jerez, como los carlistas de la fundación de San Calixto de Plasencia, como lo fueron en su día los salteadores de Cuenca, los ladrones en cuadrilla de Olot y de Cirauqui, las partidas de los curas de Santa Cruz, Alcabón y Fix y otros amigos y correligionarios del sagrado orador aludido.

Y sigue rebuznando: «que los liberales que se comieron el dinero de los frailes ahora tratan de comerse el original.»

Traslado la alusión á los Pidales, Vardillos, Silvelas y demás meztizos y conservadores, cuyas fortunas arrancan de la desamortización, porque los liberales

ni poseemos un palmo de tierra ni una teja de los conventos, y además no comemos carne de fraile podrida por la sifilis.

Y remata el vesánico sin vergüenza: «En España no sobran frailes; lo que sobran son pillos y ladrones en forma de gobernantes.»

¡Al manicomio!

El Papa acaba de crear un nuevo impuesto, poniendo en manos de los curas el santísimo pincho.

Los párvulos de siete años que hasta ahora habían sido al morir género de libre introducción en la gloria, quedan sujetos al pago de los arbitrios ordinarios, en forma de viático, extremaunción, entierro de aultos, funerales, misas y sufragios.

Aquí del clásico:

«Cuándo griegos, ni sarmatas ni lidios
hilaron tan delgado
en aumentar gabelas y subsidios?»

CLARETE

Corre y dile á esa mujé
que no vaya á ver las monjas,
que si empiezan á pedir
ni Dios les tapa la boca.

¡Hasta la Biblia!

Bajo el expresivo título, *Saqueo artístico de nuestra catedral*, dice *La Nueva Unión*, de Plasencia:

«Son tan claros y evidentes los indicios de que la Biblia del siglo xv que existía en la Catedral se ha vendido, ó trata de venderse, que no po lemos menos de volver sobre este interesantísimo tema de localidad.

Después de la Real Orden de que dimos cuenta á nuestros lectores, sabemos que la Comisión provincial de Monumentos comisionó al arquitecto, don Vicente Paredes, para que se enterara y emitiera informe sobre este asunto.

El Sr. Paredes trasladó al Cabildo Catedral el oficio de la Comisión, y pidió día y hora para ver los dos objetos artísticos de que se trata: la silla del Penitenciario y la Biblia del siglo xv.

El Cabildo contestó á D. Vicente Paredes en términos ambiguos é imprecisos, genuinamente eclesiásticos, pero negándose á exhibirle los objetos artísticos citados.

La silla del Penitenciario no podían presentársela al Sr. Paredes, porque fué vendida en CIN O MIL PESETAS á un charilero, amigo de los clérigos salmantinos que hoy mandan en la Plasencia clerical; pero la Biblia, si no se ha vendido, ¿por qué no se la enseñaron al comisionado de la provincial de Monumentos?

Muy sospechosa es esa conducta del Cabildo, y más nos sorprende en los dos canónigos únicos que saben apreciar la riqueza artística de dichos objetos: el Deán y el Chantre hacen causa común con el resto del Cabildo y contribuyen á obscurecer el estado actual de este asunto.

Es inconcebible que el Deán niegue el permiso para ver la Biblia á los aficionados al arte que visitan nuestra

ciudad; y no es menos inconcebible que el Chantre conteste á la Comisión de Monumentos, que la Biblia está perfectamente custodiada, cuando el Cabildo sabe, mejor que nosotros, que la venta de la Biblia la tienen decretada; y que si el gobierno no lo remedia, la Biblia será reducida á dinero y Plasencia se quedará sin sus obras de arte.

Y por hoy no decimos más.

¿Y para qué? Con lo dicho basta.

Cuando se trata de demostrar que un ciudadano arrambla con todo, suele decirse: «¡cargó hasta con la Biblia!»

Y esto ocurrirá precisamente en el caso actual, si el gobierno se anda con contemplaciones y no mete en cintura á ese obispo.

En tiempos que hoy juzgamos reaccionarios, pudo decir un político de orden, sin que nadie se escandalizara:

«Si llamamca (el ministro y banquero) colgado del balcón del ministerio, sería una gran lección de moralidad.»

Seáme permitido expresar una aspiración más modesta, exclamando:

«El obispo de Plasencia, archivado en la cárcel por disponer de lo que no es suyo, sería una gran prueba de que la justicia no siempre es un mito en España.»

Conservadores y católicos

Una extraña polémica se está iniciando en el campo maurista entre los que *El Liberal* llama «conservadores y ultramontanos», empeñados en quién es más católico.

Colega tan ilustrado como *El Liberal* da á entender que se puede ser muy buen conservador siendo católico y viceversa, contra lo que enseñan y sostienen los integristas.

Pena nos causa ver á los más ilustres críticos de nuestro país no darse cuenta todavía de lo que es el catolicismo.

¿Admiten los conservadores españoles los dos *Syllabus* de ambos Píos, la Constitución *Apostolicae Sedis* y la infalibilidad pontificia?

Si no los admiten, *no son católicos*, según terminantes testimonios de los Papas. Si dicen que el Papa no es quien para dar patentes de católico, ellos sabrán qué clase de catolicismo es el suyo.

Y si admiten esas y las demás sandeces dogmáticas de Roma, no son conservadores, sino *neos*, y han de someterse en vida y hacienda á lo que diga el Papa por sí, ó por sus Cerralbos y Comillas en lo concerniente á la política.

Pío IX, de cuyos millones y de cuyos errores es heredero y sucesor Pío X, lo dijo:

«Los conservadores son peores que los demonios de la *Commune* de París.»

Chupen esa breva pontificia los conservadores españoles.

Y no hay que darle vueltas.

ANTONIO PÉREZ DE LA MATA

Y II

Pérez de la Mata es un modelo que se presta al estudio de la intelectualidad española del siglo XIX, y que debe considerarse como una de las más lamentables víctimas de nuestro estado social y religioso.

En sus últimos tiempos hablamos largo y tendido de cuestiones científicas y literarias. Ni uno ni otro nos atrevimos á abordar las cuestiones eclesiásticas; tampoco dejó sobre ello escrito alguno, que yo sepa.

Pero Mata tenía una inteligencia de penetración irresistible. En su *Metafísica* aborda los más intrincados problemas, sometiéndolos á un análisis tan escrupuloso y diminuto, que puede ser envidia de los más preclaros filósofos. Nada resiste á su razón, y vésele campar por los más abstrusos laberintos con orientación firme y con convicción admirable.

Pérez de la Mata tuvo una desgracia que las engloba todas: haber nacido en su época, esterilizadora de toda fecundidad. Cuarenta años antes ó cuarenta años después habría dejado profundo surco en la ciencia. Pero vino en un período de confusión filosófica en que luchaban de muerte las escuelas metafísica clásica, moribunda, y la naciente escuela positivista. Hijo él de la escolástica, y por ella educado y corrompido su talento crítico, no pudo desenredarse de las zarzas de esta filosofía selvática, llegando con duro trabajo y con el ardor de su terrible lógica á establecer, como único criterio universal de verdad científica, la *Razón*.

Y he aquí la dolorosa situación del filósofo: era racionalista convencido y era clérigo, en este misero país en que es más clérigo el que menos clérigo parece.

Los escarmientos que le precedieron enseñáronle cuán loco y temerario es para un clérigo todo intento de sacudir el yugo clerical. Los que escaparon á la mortal venganza eclesiástica, debiendo, más que á otra causa, á las raíces que les permitió echar la Revolución y al prestigio personal consolidado durante el período revolucionario, que pilló á Mata harto joven para poder aprovechar discretamente aquellas circunstancias.

Sintióse, pues, clérigo por fatalidad del ambiente, y racionalista por fuerza de su convicción: el racionalista y el clérigo, que convivían dentro de su cuerpo, habían de agarrarse y desgarrarse en lucha perpetua, triunfando por dentro el racionalista, por fuera el clérigo.

Aquellos tiempos no eran los nuestros: la Iglesia ha dado, de entonces acá, un salto mortal, y es preciso notarlo bien para formal cabal idea de esta odisea de un sabio.

Por más que, llevando en su seno el arpon del *Syllabus* y de la *Infalibilidad Pontificia*, en tiempos de Pío IX subsistía aún en la Iglesia cierto espíritu científico y cierta libertad filosófica. La mente eclesiástica tenía cierto grado de honradez, que para muchos individuos era honradez perfecta. Esta honradez se fundaba en este principio pro-

verbial en Metafísica y confirmado todavía por el Concilio Vaticano: la Verdad es única y no puede contradecirse; la Fe y la Razón son hermanas gemelas; sus contradicciones son de sola apariencia y proceden de no entender bien las verdades de la Fe ó las verdades de la Razón.

Tal era el alma de la escolástica clásica que había de engendrar las dos tendencias: pragmática ó autoritaria, y la racionalista ó filosófica, que en los siglos XIII al XVI se prolijeran con orientación contraria bajo el impulso de dos españoles: Domingo de Guzmán y Raimundo Sebeydo: aquél, encarnando la furia inquisitorial; éste, encarnando el tranquilo espíritu de la Razón. Nótese de paso que en este conflicto el protestantismo representa, contra lo que comunmente se cree, el principio reaccionario y retrógrado.

Este cuadro se halla perfectamente encarnado y representado por aquellos tres alumnos y colegas de Santa Bárbara, de París: Calvino, Servet y Loyola: aquél, representante furioso, empedernido y archifatuo de la Zoología, acomodada á sus intereses; Servet, bellísima representación de la tendencia filosófica racionalista; Loyola, ignorante, escéptico quizás, astuto sin competencia, explotador de ambas escuelas y sacrificador de todo ideal á sus propias ambiciones. Loyola ha triunfado en la Iglesia romana; el Papa es un novicio jesuita. De la obra mental protestante apenas queda la arista: Servet ha triunfado.

Pío IX dió con la *Infalibilidad* la estocada á lo que llamaremos filosofismo católico; pero esa estocada no pudo producir la muerte repentina de la escuela. En esos tiempos vemos en España filósofos como Donoso Cortés, Amat, Balmes, Aparisi Guijarro, González, Monescillo, y otros, en cuyos libros, á partir de los principios á que no podían sustraerse, campea la lógica, entregándose á toda suerte de lucubraciones con desembarazo que hoy ya no es tolerable.

A esta escuela perteneció el propio León XIII, cuya avaricia y ambición política le llevó á imponer como dogma, en nombre de la *Infalibilidad* en que no creía, la pseudo-tolerancia en él tan ponderada, matando la *intolerancia* con aquellas persecuciones y excomuniones vergonzantes, tan famosas en España, contra el integrismo y contra el carlismo, derivados de la escolástica antigua. La crítica no ha sabido ver que esta excomunión diplomática venía á ser la destrucción de toda disciplina y de todo derecho canónico. Sirve la aplicación de la *Infalibilidad* doctrinal al terreno práctico y disciplinar; y si bien este acto de inaudito despotismo favorecía á la tendencia liberal que por egoísmo personal defendía León XIII, con ello dejaba sentado el precedente de la arbitrariedad y omnipotencia papal, que Pío X ha podido aplicar con igual sinrazón á matar el espíritu liberal autorizado por León XIII y á proclamar este presente estado de la Iglesia en que ha muerto toda doctrina y toda razón, sin que el propio Papa sepa en qué consiste el catolicismo, ni á tón de hay que ir á buscar la doctrina católica. Loco se volvería el que intentase escribir un catecismo á gusto del Papa con apariencias de fundamento en la

escolástica. Nadie es capaz de entender ese *lio romano*, ni tampoco lo entiende el Pontífice.

Mata, prisionero de guerra de la Iglesia por la ley del Estado y por el espíritu social, eligió para su consuelo el *campo metafísico*, entonces (no hoy) dejado á libre discusión. En Metafísica es radicalmente racionalista, mucho más que Balmes.

Este y los otros filósofos de renombre católico escriben y discurren con plan teológico perceptible á simple vista; la conclusión es lo primero que llevan en la mente; el discurso no es más que un *medio* para cohonestar la conclusión. Pero estas conclusiones no las sacan del fondo de sus conciencias, sino del *programa católico*, es decir, no es una conclusión científica posterior, sino un *dogma previo*.

En Mata se observa lo contrario. Sale á investigar la verdad sin prejuicio, llegando á conclusiones que seguramente le sorprendían á él mismo, y que le llevaron poco á poco al racionalismo absoluto.

Una vez iniciado en esta escuela había de tomar profundo desprecio á la *Teología escolástica*. Pero era clérigo y además vivía en la diócesis de Lagüera, que para él fué una suerte y para la ciencia fué una desgracia, lo cual necesita explicarse.

Fuó suerte para él, porque Lagüera era extraordinariamente legalista. Sabía que Mata era liberal acérrimo y poco menos que jefe del partido en aquella provincia. Un obispo menos escrupuloso, habría procedido contra Mata tomando pretexto de mil indicios de herejía para suspenderle, excomulgarle y arrojarle del cabildo de Soria, ó en último caso habría saltado la barda episcopal en virtud del procedimiento arbitrario llamado *ex informata conscientia*, que es la navaja de Albacete que los obispos llevan en vaina en el báculo para llenar sus rencores y asesinar impunemente sus víctimas.

Pero Lagüera, además de ser furibundo integrista, era varón rectísimo, y además decente; y contentándose de agotar contra Mata los recursos canónicos, hizo que él se contuviera dentro de cierta modestia clerical, á pesar de detestar entrañablemente la profesión.

Y esta fué la suerte para él, que pudo componer la canongía y la cátedra cobrando el doble sueldo, pero fué desgracia para la ciencia nacional que vió al nervudo y viril sabio, engordado y devorado por el canónigo.

Cánovas del Castillo sentía admiración sincera por este filósofo, y, sin embargo, cómo se cometió el error político de encerrar dentro de aquel puchero de miserables rencillas y de nequeñas diatribas, á un hombre que allí se asfixiaba y que podía haber alumbrado grandes horizontes?

Hace bien la Diputación de Soria en dedicar un recuerdo marmóreo á este hombre ilustre y á esta víctima de su época.

Mata sería hoy campeón del modernismo en el campo filosófico, como Muriel lo es en el social, Loysi en el exegético, Schell en el místico, Tyrré en el teológico y Staffano en el polémico y Fogazzaro en el literario. Realmente era uno de los precursores del modernismo y de los que con más intensidad sintieron el dolor y vergüenza de la ce-

razón eclesiástica á los aires científicos y al respeto á la conciencia humana.

S. PEY ORDEIX

Hay en el mundo dos cosas que no llegan á saciarse: los labios de mi morena y el estómago de un fraile.

ASI PAGA EL DIABLO ECLESIASTICO á quién le sirve

El obispado de Salamanca es desde hace tiempo una grillera. Los jesuitas están encastillados en el seminario desde donde procuran batir el palacio episcopal. Para hacerles frente fué enviado allí antiguamente el agustino P. Cámara.

De aquella trapatiesta de bichos venenosos, salió víctima el catedrático Enrique Gil y Robles, á quien el obispo, de un culatazo de cayado, prohibió los escritos publicados y los que publicase en adelante. ¡Qué diría San Agustín desde su tumba de Hiponal!

Ahora la víctima es Martín de Berrueta, excomulgado por el obispo con esa clase de excomunión *doméstica*, que es más ponzoñosa que la otra.

Las iras de el Prelado se deben á la campaña de *El Lábaro* de estos últimos tiempos.

Berrueta protesta de que es católico sincero... ¡Lo creemos! De quien puede dudarse que sean católicos, son el obispo y los jesuitas. Estos son jesuitas y aquél es obispo antes que *católicos*.

Que el Sr. Berrueta corresponda á la gracia que el Señor Dios de los cielos le hace con esta *excomunión cocinera*, aprendiendo á conocer la Iglesia y á desenmascarar á sus malhechores.

¿Cómo quieres que no engorde el cura de tu lugar, si trabaja media hora y hecha un trago á la mitad?

El miedo á las "Hojitas"

Del espanto que producen las *Hojitas piadosas* en los Judas Iscariotes, mercaderes del nombre, honor, sangre, corazón y carne de Cristo, da idea este suelto de un semanario de Bañolas (Gerona):

«Son molts els amichs nostres que han revut per corréu unes fulles imitació de les que's reparteixen á las iglesias. Tenen per títol *Hojitas piadosas* y surten de la redacció del asquerós periódich de Madrid *EL MORIN*. Ab aixó sol n' hi ha prou perquè's veji quina clase de pietat y virtud se recomana ab aquestes fulles. Son de lo més pervers que's pugui donar y están plenes de malicia sectaria y masónica, pero presentada ab tanta hipocresía que, per enganyar més facilment, hi ha expresions com la de *¡Mori Satán!* y fins oracions al «amorosíssim Jesús» y abun-

dancia de cites del Evangeli, tot aixó barrejat ab doctrines de la més gran impietat. Cridem desde aquestes columnes l'atenció perquè ningú's deixi sorprendre. Qualsevol que veji una d'aquestes fulles per més piadosa que sembli, SI NO L'HA RECULLIT Á L' IGLESIA, QUE LA ESQUEIXI TOT SEQUIT; NO VULGUI DE CAP MANERA LLEGIR UNA COSA TAN INFAME.»

«Asqueroso, infame, perverso, maldad sectaria, impío...» Todos esos adjetivos arrancan las *Hojitas* de los piadosos labios de los devotos á quienes Cristo prohibió llamar «raca» y «feo» al prójimo.

«Que no lean en manera alguna las *Hojitas*, que las rasguen en seguida...» ¿Tan peligrosas son esas *Hojitas* y tan endeble es la fe de los fieles?

Para contrarrestar sus efectos tienen ellos sus *hojitas*, tienen pulpitos, tienen confesonarios y tienen sacramentos; y á pesar de tanta medicina, ¿no pueden los devotos leer las *Hojitas*?

No hagan caso los fieles de Bañolas. De fijo que el autor de esas líneas rabiosas se muere de ganas de leerlas y las paladea á su gusto en la soledad, *empapándose* de veneno.

A él le conviene leerlas; á los otros, los trasquilados, no les conviene leerlas; ó sea: á él le conviene hacer creer á éstos que no les conviene, porque hay el grave *peligro* de que pongan fin al trasquileo.

Suponemos que el consejo del rabioso Iscariote surtirá los efectos contrarios y despertará en sus lectores el deseo de saturarse de *Hojitas*. ¡A buena hora las rasgan sin leerlas si pueden cogerlas en secreto!

Además, fieles devotos de Bañolas: la lectura de las *Hojitas* es un pecadillo muy leve. Con tomar agua bendita y contárselo al confesor os queda perdonado, *prometiendo*, eso sí, no volverlas á leer, para quebrantar la promesa á la primera ocasión, como hacen los curitas con las promesas de no volver á mirar la cara de su ama y de sus penitentes.

Una idea. Los anticlericales que van á misa podrían muy bien dejarse olvidadas las *Hojitas* en los bancos y sillas. Recibirían la bendición del señor cura, y con eso quedarían tan benditas ellas como los evangelios. Y los beatos podrían leerlas entonces *sin peligro*.

Camisita de mi cuerpo,
ya no te lavas con agua;
se me va el tiempo en la iglesia
y estoy hecha una marrana.

Vengan nombres

Leo en *La Nueva Unión*, de Plascencia:

«Es objeto de sabrosos comentarios un «cisco» que con motivo de una carta sorprendida, dicen que se armó en altas regiones clericales, entre una elevada autoridad y un personaje que des-

empeña un cargo de confianza cerca de esa autoridad. Se dice que en esa carta se demostraba muy claramente que el personajillo negociaba con los cargos que se otorgan en aquellas regiones.

Teniendo en cuenta que los clérigos han hecho de la religión un oficio, que han convertido la Iglesia en taller y han hecho de los santos la herramienta, nada nos extraña que establezcan el mercado de esos cargos; y si hemos de creer lo que se decía en tiempos, de que á un obispo castellano le había costado la mitra unos miles de duros, nada nos extraña que á un clérigo le cueste la parroquia ó la canonía unos miles de reales ó pesetas.

¡¡Pícaros... cupones!!!

Creo que en estos asuntos conviene hablar siempre claro, para que la malicia no aplique censuras á personas ó clérigos que no las merezcan.

Dada la noticia en la forma que se da, pudiera creerse que aludía al obispo de aquella diócesis, Sr. Jarrín, y al canónigo Sr. Polo Benito, causando esta equivocación algún desconchado á su buen nombre y fama, que afortunadamente para ellos permanecen incólumes, á pesar de haber vendido una de las joyas artísticas á que en otro lugar de este número se alude, y de pensar en vender una Biblia del siglo xv evaluada en *seenta mil duros*.

No presumas cosas malas aunque me veas amariya, que no he estado en un convento ni soy hija de María.

Profilaxis anticlerical

Hay que sanear la iglesia

El Radical es quien ha pedido el saneamiento de las pilas del agua bendita de los templos, publicando estos datos bacteriológicos sacados de escrupulosos análisis verificados en Valencia el 23 de Septiembre por el doctor Pérez Fúster:

Iglesia de San Agustín.—Se encontró en esta agua: el bacterium Coli, el bacilo piocianico, neumococos, estafilococos y 2.500.000 bacterias.

Iglesia de Santa Cruz.—El bacterium Coli, gérmenes de la putrefacción y 140.000 bacterias.

Iglesia de las monjas de Corpus-Christi.—Tenía el Coli, gérmenes de la putrefacción, 2.000.000 de bacterias y 500 hongos.

Iglesia del convento de Jesús y María.—Se encontró el bacterium Coli, estafilococos piógenos, albus citreus y 240.000 bacterias.

Iglesia de la Casa de Beneficencia.—Tenía el Coli, estafilococos albus, estreptococos y 20.000 bacterias por centímetro cúbico.

Iglesia parroquial de San Bartolomé.—Tenía el Coli, gérmenes de putrefacción, micrococos piógenos, 3.000.000 de bacterias por centímetro cúbico.

Iglesia de las Siervas de María.—Tenía el Coli, estafilococos piógenos, albus citreus y 240.000 bacterias por centímetro cúbico.

Todas estas aguas se tomaron con las precauciones que aconseja la técnica bacteriológica, á presencia de un capellán de la respectiva iglesia. Como algunos microbios encontrados en distintas pilas constituyen un peligro para la salud pública, convendría que dichas aguas se despositaran en recipientes adecuados sobre las mencionadas pilas y que vertieran el agua gota á gota, y al mismo tiempo se evitaría que muchos fanáticos se lavaran los ojos cuando están enfermos de oftalmías, se limpiaran las llagas, costumbre frecuente en los leprosos, y que las madres ignorantes la dieran á beber á sus hijos en las iglesias cuando tienen sed.

Quien dice del agua bendita, dice con más razón de otros objetos y prácticas religiosas.

Repetidas veces se ha hablado de prohibir el besuqueo de imágenes. El beso del porta-paz, de la estola, de las manos del cura, del anillo episcopal y de la sandalia pontificia ofrecen los mismos peligros.

Pasa un canceroso, deposita en esos objetos el germen moribundo, y viene otro y lo recoge en sus propios labios.

La comunión ofrece peores inconvenientes. El sacerdote, al colocar la hostia en la lengua del devoto, difícilmente puede evitar el tocar los labios, encías ó lengua, llevándose empapados con la saliva los microbios de gran número de enfermedades que tienen ahí sus depósitos predilectos, especialmente la avariosis y los causantes de las estomatitis.

¿Qué diremos de la unción? Las crismas y demás útiles van de casa del tífico á la alcoba del tuberculoso, sirviendo el metal argentífero de terreno abonado para el cultivo de bacterias (no así el cobre), almacenando cuantos gérmenes coge el ministro con sus manos de las unciones de los semicadáveres. El mismo crucifijo que besa el moribundo pasa á los labios de la hija de María. El crisma de la unción sirve luego para los bautizos; el mismo bautizo, el mismo hisopo.

Las puertas de las iglesias conservan la mugre de las manos sudorosas de los bisabuelos.

La estola del confesonario, ó el Cristo del confesor, recoge las babas de todos los penitentes. A la misma reja se pegan los rostros de las confesadas. El penitente aspira el aire según sale de los pulmones del confesor, con sus olores y hedores, con sus gases pútridos y óxidos.

Por falta de ventilación es fácil observar en cada iglesia ese *olor particular*: olor de fraile, olor de vieja, olor de hospicio ó de hospital, olor de mujeres poco aseadas ó de beatos gorrinos, que al mezclarse con el humo de las velas y lámparas, con el polvillo del suelo, con el incienso y benjuí, con las emanaciones cadavéricas de los panteones y con el aliento de los concurrentes ordinarios, forma un olor característico y fisiológico de cada iglesia.

Si añadimos á esto que los altares

son almacenes de toda suerte de insectos, que los vestidos de las imágenes son criaderos de toda suerte de polillas, tendremos la medida de la higiene de estos templos, colmo de suciedad, parte esencial de la mística.

UN DOCTOR MODERNISTA

Los siglos malditos

*Hideux siècles de foi,
de lepre et de famine!*

LECONTE DE LISLE

¡Oh, siglos execrables
de horrores y blasfemias,
alumbrados por lampos
de cárdenas hogueras!
¡Siglos ignominiosos
de ignorancia y soberbia,
en que infamado el pueblo,
cual acosada bestia,
arrastraba entre sustos
la mísera existencia!

¡Siglos de odio insaciable,
de iniquidad y afrenta,
de alcázares sombríos
en cuyas sordas cuevas
vanamente arrancaba
la despiadada rueda
aves desgarradores
al hijo de Judea!

¡Siglos en que á los de Albi
nefanda intransigencia
emparedaba, en nombre
de la Bondad Suprema!
¡De innumerables horcas
que alzábanse siniestras
en plazas y caminos,
con sus tirantes cuerdas,
brindando de cadáveres
fatídica merienda
á la de inmundos buitres
ávida turba hambrienta!

¡Siglos del noble hidalgo,
que desde las almenas
del señorial castillo
acechaba su presa,
y al mercader de Oriente
la vida y la escarcela
arrebataba, el diezmo
reservando á la Iglesia,
si el cielo las balijas
le deparaba llenas
de encajes y brocados
y púrpuras y sedas!

¡Siglos de endriagos horribos
ahullando en las tinieblas;
de brujas celebrando
sus infernales fiestas
en el osario antiguo,
donde exhalaban tétricas
sus luces sepulcrales
las ánimas en pena!

¡Siglos de escapularios,
cilicios, penitencias,
sotanas y cogullas,
tormentos y anatemas,
en que la furia impía

del fanatismo, ébria
de sangre, sus antorchas
agitaba sin tregua,
infundiendo en las almas,
de sobresalto presas,
más que á la muerte misma
horror á la existencia,
con las de sus altares
sacrílegas ofrendas!

¡Oh, siglos de asesinos
cobardes y de fieras!
¡De cruentas hecatombes,
de horrores y blasfemias!
¡Pues sois de nuestro globo
baldón eterno y mengua,
para siempre execrado
vuestro recuerdo sea!

F. J. AMY

Fuera de la ley

—Levantaos, acusado; no os hagáis el idiota. ¿Habéis comprendido bien todas las acusaciones que se os hacen? ¿Afirmáis ser el autor de todos los hechos que os atribuye la nota de la policía, según irrecusables testimonios, y de los cuales el sumario os ha reconocido culpable?

—Sí, señor presidente.

—Agradezco vuestro... cinismo; así se simplifica el debate. Sin embargo, si tenéis alguna cosa que decir en vuestra defensa, si recordáis alguna circunstancia que pueda ser considerada como atenuante, la ley os concede el derecho de exponerla; hablad, pues.

—Gracias, señor presidente, gracias á usted y también á la ley... pero no tengo nada que decir en mi defensa. He robado, castigadme, pues. Enviadme á pre idio... donde queráis. Si por un acto de piedad me pusiérais en la calle, habría de volver á robar... para los otros.

—¿Cómo para los otros? Tenéis, pues, cómplices? ¿Estáis afiliado á una banda de malacachores? Y ¿por qué no lo habéis dicho apenas os han arrestado? Hémos aquí obligados á abrir un nuevo proceso.

—No me habéis comprendido, señor presidente: al decir que habría de volver á robar para otros, no me referí á cómplices que nunca tuve. Para coger á un señor por el cuello y quitarle el reloj no se necesita cómplices. Pero el reloj hay que venderlo á alguien. Y este alguien, que siempre es un honrado comerciante, olfateando en uno al ladrón, se cree en el deber de ofrecer una miseria por el objeto que se le quiere vender. Así, después de haber arriesgado la vida y algunos años de presidio para conquistar un valor de veinte pesetas, he aquí que os ofrecen cuatro... para ayudarlos á continuar. Al que trabaja, también le recompensan los patronos en la misma forma. Le dan, no lo que él espera, sino lo que le hace sostenerse en pie para que continúe dejándose explotar.

—Acusado, estáis divagando. Por otra parte, la ley ha previsto el caso: los encubridores no escapan al Código.

—Sí, cuando son unos estúpidos ó no tienen dinero bastante para que la justicia les considere hombres honrados.

—Basta, no estamos aquí para discutir.

—Estáis aquí para condenarme.

—¡Callaos! Vuestras réplicas sólo pueden perjudicaros... sed humildes.

—No puedo serlo más, señor presidente. Os he dicho: haced de mí lo que queráis; ¿no es bastante?

—Nosotros no hacemos de usted lo que nos parece. Es la ley quien le condena.

—Y ¿qué es la ley?

—El conjunto de reglas morales que mantienen en pie la sociedad y que garantizan la vida y la propiedad de los ciudadanos, castigando a los que se apartan de esas reglas. Así usted está fuera de la ley.

—¿Desde cuándo?

—Desde el momento que emprendisteis la vida de ladrón.

—Así, pues, ¿antes estaba yo dentro de la ley?

—Ciertamente.

—Dispensad, pero no me parece posible. Habéis dicho que la ley garantiza la vida y la propiedad de los ciudadanos; y bien, si yo robé fué porque... no hablo de una propiedad que nunca tuve, fué porque mi vida peligraba.

—¿Cómo?

—La primera vez robé por hambre.

—¿Y la segunda?

—Se lo diré... Era joven aún; no quería continuar. Me ofrecí como cargador: era demasiado débil. Entré en un taller; no servía para el oficio. Hice un poco de todo y siempre sin resultado. Me arrojaban de todas partes y, algunas veces, hasta olvidándose de pagarme...

—Porque os faltaba la constancia y la voluntad.

—No, señor presidente, yo quería; pero había algo que me hacía imposible la fatiga continuada. No sé de donde procedía aquella incapacidad... Tal vez de mis padres. Entonces decidí entrar como agente en la policía.

—Hicieron bien en no admitirle...

—¡Oh! no creáis; los hay peores que yo entre ellos...

—Injuriais á un cuerpo.

—Dejadme seguir, señor presidente. No me admitieron porque no tenía los papeles en regla, no por otra cosa. Hacía falta el permiso de mis padres, fe de nacimiento y, qué se yo. ¿Dónde diablo estaban mis padres? ¿En qué parroquia me habían bautizado? ¡Si no recuerdo siquiera el nombre de la calle en que me abandonaron! Entonces volví á robar; era tan sencillo...

—Sois un cínico. Vuestro cuento es además inverosímil. Sois un vagabundo nato educado en el vicio.

—Muy bien; eso es lo que yo digo.

—V por lo tanto debéis ser alejado de la sociedad para la que sois una continua amenaza...

—Que se me aleje, yo no me opongo. Pero niego que yo sea un peligro para la sociedad. Que se me dé de comer y un rincón; no pido otra cosa.

—Trabaje usted.

—¡Ah! sí, trabajaré en lo que pueda, por ejemplo, seré pescador...

—No hagáis el bufón; respetad este lugar...

—Lo respeto, señor presidente; he dicho pescador en serio.

—Y ¿por qué no lo habéis sido antes de lanzaros á la mala vida?

—Porque ¡también esto es bueno!

Oid. Fuí á pescar un día y encontré un buen puesto. Llegó un señor y me arrojó de allí, gritando que aquel sitio estaba vedado para mí. Bien, dije, y me fuí más lejos. Llegó un guardia y me preguntó: ¿tenéis el permiso?—¿Qué permiso?—No hagáis el bestia; el permiso del municipio para pescar. La licencia. ¿No? Entonces marchaos.

—Acusado, vuestra paciencia ha llegado al límite; parece que queréis divertiros á costa del tribunal.

—Dispensadme. Me habéis dicho que hablaste y he hablado. ¿Qué debo decir para no abusar de vuestra paciencia? No lo sé.

—Lo sabréis cuando salgáis de la cárcel y cuando volváis aquí si no os enmendáis.

—Volveré de fijo, señor presidente. ¿qué queréis que haga en la cárcel? Y cuando esté fuera ¿qué he de hacer para vivir, sino volver á robar? Si no me llueve en estos años alguna herencia, me encontraré en las mismas condiciones que ayer y que hoy.

—Peor para usted.

—Bien lo sé, señor presidente; pero dígame usted: vuestras leyes y vuestra sociedad, para mejorarme, para que deje de ser ladrón ¿no podían hacer otra cosa que mandarme á la cárcel?

KRISTO

Er també y er parroccán
meten siemp e gran ruío;
mas si se los ve por dentro
s' encuentra que están vasíos.

LOS PROTESTANTES

¿Para cuándo guardan sus manifestaciones los protestantes españoles, sino para contrarrestar las de los católicos?

Ea, señores obispos, pastores y sacristanes: ¡a manifestarse el día 16!

¿Para qué queréis la tolerancia y los signos exteriores?

Aquer que tenga peniyas
venga á reunirse conmigo,
que se m'a pirao el monago
con los cuartos del cepiyo.

Los curas no deben casarse

Mucho se habla y se escribe contra el celibato eclesiástico. No pasa un día sin que un acto deshonesto, un atentado al pudor, la violación de una niña ó de un niño renueve el interés del tema: es un asunto de eterna actualidad.

Una gran parte del clero, sostenida por la opinión pública, pide y reclama la autorización de contraer matrimonio. Pero la inmutable Santa Sede rechaza pertinazmente todas las súplicas y califica con dureza de «malos sacerdotes» y de «modernistas» á esos desgraciados, cuya única culpa es el ser, y declararse sinceramente, hombres de carne y hueso como nosotros.

En Grecia y en Roma los sacerdotes podían casarse. La Iliada nos dice que Chrysis tenía mujer y una hija. Una sola clase de sacerdotes observaba el

celibato: los «Galli, ministros de Cybèles; estos se... mutilaban como recuerdo del suplicio sufrido por el pastor Atys, amante de la Diosa de la Tierra, la esposa adúltera del buen Saturno.

Los pastores protestantes son en general buenos maridos y dignos padres de familia.

Ni en el Antiguo Testamento ni en los Evangelios se encuentra la prohibición categórica del casamiento de los clérigos.

Enoch, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moises, Aaron, Samuel y tutti quanti profetas y pontífices de Israel, no fueron dechados de castidad sino maridos y padres, vasos de elección de Jehovah.

San Pedro no fué célibe. Y San Pablo, el único de los apóstoles que predicaba doctrinas ascéticas, al aconsejar el celibato, no lo imponía y declaraba no tener orden ó mandato de Dios.

Hay quien arguye que el Ministro de Dios ha de ser puro de cuerpo y alma. En esto como en tantas otras cosas, los católicos piensan como los paganos. ¿No fué Tibulo quién dijo:

«Discedite ab aris

Queis tulit hesternâ gaudia nocte Venus?»

Pero la objeción no vale, porque el celibato obligado no implica pureza ni abstinencia: por regla general los buenos sacerdotes no ayunan siempre y, naturalmente, se desquitan en secreto de las privaciones que se imponen ante el público.

Cuentan de San Roberto que, para mortificar la carne, se acostaba entre dos vírgenes desnudas. De otros venerables clérigos sabemos que imitaban ese suplicio de Tántalo quedando su virtud inmaculada, del mismo modo que quedaron incolumes é ilesos entre las llamas los mancebos de que habla la Biblia. Las jóvenes que les servían de medio de salvación en tales milagrosas experiencias eran llamadas: «Dilectæ, Sorores, Extranæ, Subintroductæ, Agapetæ.

Aurelien Scholl exclama. «C'était le bon temps...» Si; ¡eran los buenos tiempos!

Tertuliano, más severo, decía de los tales «Sorores»: «Su vientre es su Dios. No contentas con una sola caída, arrastran una larga cadena de delitos.»

Y no creáis que fuesen solamente monaguillos ó curitas de tres al cuarto los aficionados á las santas «Introductæ». El concilio de Antioquia se vió obligado á acusar en una Epístola sinodal á Pablo de Samosate, obispo de Antioquia, de tener en su casa varias Introductæ y de permitir que otras vivieran con sus prebiteros y diáconos.

Ya San Cipriano, en el siglo III, decía: «...vemos entre los confesores de Cristo, engaños, desmanes y «adulterios» que nos hacen gemir y llorar...»

En el concilio de Basilea, el arzobispo de Tours dijo: «Es necesario curar y enterrar esas monstruosidades, esos excesos y abusos que roen, desde hace tiempo, el corazón de la cristiandad.»

Nicolás Tedeschi, el más sabio é ilustre canonista de su época, decía: «La ley de continencia produce efectos contrarios de los que se esperaba de ella...»

Muchos doctores, entre ellos Piccolomini y Alain Chartier, y también algunos Papas, como Félix V, decían que quizás algunos sacerdotes hubieran debido al matrimonio su salvación.

Pero me diréis: ¡Si todo eso es contrario al encabezamiento de ese artículo!

Todo lo dicho anteriormente demuestra evidentemente que los curas que reclaman hoy el derecho de casarse no deben ser tratados de cismáticos, como lo son.

Y vengo á lo mío.

Leo en *El Liberal* del 18 del corriente, en un artículo del «Irrefutable» (!), lo siguiente:

«Si el seminarista viera que le era lícito el matrimonio, habría mayor número de sacerdotes...»

Pues ¡no! ¡Que no se casen! Así habrá menos.

Además, el matrimonio de los curas traería consigo una prole, una casta, una raza de curas... de la cual... «libera nos domine».

ENRIQUE DE LATORRE

Arrepentí m' eché
á los pies d' un confesó,
y me dijo tales cosas
que le aticé un mogicón.

Reaparición de Teresa Torres

Maximina García

El que sigue es relato que ha hecho á Nueva Luz de Toledo, de los tormentos y malos tratos que se le imponían como educanda del Servicio Doméstico de aquella ciudad, esa simpática joven-cita de catorce años.

Al preguntarle la causa por la cual ha abandonado el colegio nos da á conocer el hecho en la forma siguiente:

«Hace pocos días fué castigada por una cosa fútil, y creyendo injusto el castigo protestó de él; ante la protesta, la «hermanita» la dijo estar autorizada por su padre para imponerla toda clase de castigos, aunque éstos llegaran á producir la muerte, pues él consideraría haber sido justo cuando ellas lo habían hecho. Esto, como es natural, lo negó la chica, y la «humildísima hermana» con una soberbia loca la obligó á besar el suelo y hacer cruces con la lengua en el mismo varias veces, y después la encerraron en un sucio armario que tienen destinados para estos usos, teniéndola todo el día sin comer.

Desde entonces ella ya venía preparando la evasión para cuando tuviera un momento oportuno, el cual llegó en la mañana del martes, y fué que pasando con otra educanda por la puerta de salida y hallándola abierta, echó á correr apoyada por dicha educanda, que cerró la mencionada puerta para que tardaran más en notar su ausencia.

Cuando las «hermanas» tuvieron conocimiento del hecho, se informaron del sitio en donde se había refugiado, y más tarde fué una de éstas acompañada de otra desgraciada acogida para que la sirviera de intercesora, con en cargo de recogerla y llevársela otra vez, lo que intentó con algunas promesas que no hicieron melía en el ánimo de la joven; por el contrario, después de decir á su compañera que era una hipó-

crita que no tenía valor para rebelarse como ella, la dijo á la «hermana» que antes que volver al colegio sería capaz de llegar hasta el suicidio.

Preguntada sobre los castigos que suelen imponer á menudo y si las daban otros que los que con ella habían empleado, refirió los siguientes: Por la más mínima contestación las ponen mordazas, y de tal suerte se las aprietan, que esta joven tiene la lengua toda llena de grandes grietas; esto lo hemos visto nosotros como el médico forense y otras muchas personas que pueden comprobar el hecho, y esto á pesar de hacer ya varios días que se la pusieron y nos cuenta de una educanda que al ponerle la mordaza empezó á brotarle sangre de los labios y encías, y esto, en vez de despertar su compasión, sirvió para que con refinada dureza se la tuvieran puesta mayor tiempo que de costumbre.

El castigo de hacer cruces con la lengua en el suelo y besar éste repetidas veces, es cosa corriente y se impone por la más leve cosa: por hablar con alguna compañera, por no haber rezado con la devoción que las «hermanas» quieren y otras menudencias, sin fijarse en que puede muy bien el suelo tener alguna partícula de polvo ó puede haber escupido alguna educanda en ese sitio, y esos microbios los absorbe la criatura, y dan lugar á que se desarrollen enfermedades contagiosas con perjuicio para ellas y el resto de la capital; y á pesar de que, como decimos, á lo más leve las castigan con besar el suelo, si va alguna persona de su familia á verlas, y quieren besarlas, aunque sean sus madres se lo niegan, pues consideran como impura y deshonesto la más tierna expresión del amor paternal y que tanto pide la misma sangre en esta edad.

Otro castigo, también muy corriente, consiste en dejarlas sin comer; pero que se lleva hasta la crueldad: se las hace sentar á la mesa á las castigadas con el plato «á la funerala» viendo cómo las demás comen; hay que advertir que la mayor parte de las acogidas pagan sus familias ó otras personas más ó menos piadosas, por lo menos una peseta; así es, que cuanto más se impone este castigo, más se ahorra para mejorar el rancho de las hermanas.

Pero lo que raya en el colmo de los malos sentimientos es la costumbre que tienen de despertar á las que, rendidas del trabajo del día anterior, tardan en despavorizarse. En el invierno, y sin reparar si se hallan ó no acatarradas, cosa que en ese tiempo es muy común, se las hace levantar á las seis de la mañana, y á la que no lo hace con la rapidez requerida, se la echa una palangana de agua fría. Esto es cruel, pero se hace.

Dice el refrán que «en la variación está el gusto», y estas «señoras» imponen sus castigos variándolos todo lo que su inquisitorial cacumen les da de sí, y los amenizan poniéndolas después de bien amordazadas unas orejas de burro, cartelitos con letreros graciosos para que todas se rían de la castigada, y alguna vez, cuando la «hermana» está de mal temple (se ha dado el caso), se juntan todos los castigos referidos en una, á la que se amordaza, se la ponen las orejas de burro y, por último, se ata de pies y manos, y después se la encie-

rra en el armario y se la tiene todo el día sin comer. ¡Qué lástima que no se puedan volver las tornas!

Preguntamos si las enseñaban á leer escribir, etc., y nos dijo que eso lo hacían con algunas de las que saben llevar el «agua» á las hermanas.

—¿Y las labores?

—Nada; sólo nos ponen á lavar, y esto es como castigo, pues sólo lavamos las que no somos favoritas; y aunque se nos hieran las manos y nos chorreen sangre, lavando tenemos que seguir. Yo tengo aquí aún señales. Mírelas usted.

Y efectivamente, vimos en las delicadas manos de la niña las heridas aún no terminadas de cicatrizar.

Ya no nos indignamos, sino que estábamos horrorizados de ver tanto martirio en criaturas tan endebles y delicadas.

—Y de recreo, ¿no tienen algunas horas?

—Sí, cuando queda tiempo después del lavado y la infinidad de cargos y de rezos, nos bajan á un corral de paredes muy altas y estamos algunos ratos; pero cuando la «hermana» se enfada, y esto es con frecuencia, nos castiga con suprimirnos el recreo y nos encierra en la «clase» á todas juntas.

Preguntada si sabía de qué proveñían los gritos de que dimos cuenta en nuestro número del 3 del corriente, nos dijo que es que iban á encerrar á una niña de seis á siete años en las catacumbas, que es un inhumano sótano donde algunas veces las encierran en vez de hacerlo en el armario, lo que á todas les causa pavor. Pueden calcularse si esto las ocurre á las de catorce y más años, qué la sucedería á aquella niña, á la cual le fué permutado el castigo por el de quedarse sin cenar y de rotillas en el comedor mientras las demás lo hacían.

Para terminar, nos dijo que á pesar de ser todos estos castigos terribles, una hermana recién venida traía una nueva colección de ellos, más rigurosos aún, según se lo había declarado á ellas mismas.

¡Cuánta infamia tolerada!

LIBRO NUEVO Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten

y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODDRÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTÍN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

(FOLLETÓN 70.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

sería la de del concilio de Trento. El Vaticano puede estar satisfecho, y en lo que toca á esta ciencia, no hace falta la bula en aquella inocente monarquía ortodoxa.

Otra de las ciencias á que nos hemos referido es la Geología. En Geología, al tenor del mencionado concilio, donde no se habló públicamente de estas cosas, pero se estatuyó sobre ellas, porque se estatuyó sobre todo lo divino y lo humano, reinaban los más extravagantes conceptos, cuando aquel escocés llamado Hutton dió á conocer, á fines del siglo XVIII, su sistema «vulcaniano», que explicaba la formación de la actual costra sólida del globo por medio de épocas alternadas, en unas de las cuales diversos agentes, como heladas, vientos, aguas, desintegraban, desmenuzaban y llevaban á depositarse en la mar la parte seca; y en otras, fuerzas interiores, debidas á materiales que el calor central tenía en ignición, producían el levantamiento de aquellos depósitos que emergían de nuevo, y en nuevas formas, del fondo en que se habían consolidado.

Al sistema de Hutton opuso el alemán Werner el suyo, llamado «neptuniano», que no admitía más acción que la disolvente de los mares, y sostenía que las montañas eran como naturales productos de cristalización, no de agentes plutónicos. Pero luego, ya en el siglo XIX, Lyell afirmó y corrigió la concepción de Hutton demostrando que las sucesivas emergencias y elevaciones de rocas ó terrenos no habían tenido lugar súbitamente como aquél creía, sino muy poco á poco, y que estos cambios todavía continúan y continuarán siempre. Tal es, con la adición debida á Luis Agassiz, de la época ó épocas glaciales, la Geología actual.

También es este asunto en que la monarquía española se halla en la más perfecta inocencia. Por ella continuaría en vigor la Geología mosaica. Tampoco por esta línea del saber le hace falta la recomendación del Papa.

¿Pues, y qué diremos de Biología, qué diremos de la mutabilidad de las especies que ha dado á la Biología

nueva faz y nueva base? La famosa teoría expuesta, como se sabe, en el «Origen de la especie», fué concreta, aunque parcialmente, indicada por primera vez por un poeta, Goethe; después con más generalidad por otro poeta, Erasmo Darwin; luego decididamente formulada por el naturalista Lamarck y por Treviranus, á la sazón profesor de matemáticas, y defendida por el anatomista Saint Hilaire; y demostrada, en fin, por Carlos Darwin, nieto de Erasmo. No se busque tampoco por aquí ningún nombre español. Aquella monarquía está tan limpia de pecado en esta dirección como en las otras dos. Y lo mismo sucede en todo, absolutamente en todo lo científico. Sólo en la fisiología particular del cerebro se tropieza, como por rara casualidad, con el nombre de un súbdito de dicha monarquía, el conocido doctor Ramon y Cajal (Don Santiago); y esto, gracias á que los estudios de este sabio son perfectamente compatibles con Moisés, con la Biblia y con la Ciencia del famoso concilio. De modo que á quienes el Papa tiene que ir con su bula es á los ingleses, franceses, alemanes, americanos de los Estados Unidos, italianos y rusos; porque la que la monarquía española necesita no es esa, sino la contraria; la que recomiende ó imponga moderación «en el deseo de ignorar».

¿Se comprende bien ahora cómo y por qué el Vaticano esté dispuesto á sacrificar hasta el último fraile y la última lira en defender su última colonia, que es España?

Así, á pesar de lo que los nuevos conocimientos se han extendido y acreditado; á pesar de que en aquella monarquía no faltan hombres estudiosos y sabios que siguen con interés la marcha de estas cosas, que no es más que la del mundo mismo; aunque ya se sabe que la selección natural, uno de los principios de la doctrina darwinista, no es más que selección, que la naturaleza hace, á semejanza de la artificial que con variedad de animales y de plantas ha venido de antiguo practicando el hombre; aun cuando allí mismo se sabe y se experimenta cuán perjudicial es que no aumente en buena proporción la población del país; con todo esto, por imposición del Vaticano, se practican en aquella monarquía estas dos cosas, ambas protegidas por el Estado y, cuando se hace necesario, por la fuerza pública: esterilidad en masa, y selección al revés; contándose por cientos de miles los ciudadanos del uno y del otro

sexo, seculares y regulares, que se inhabilitan para la reproducción; y como se ha de suponer, el Vaticano, cuando menos, así lo cree, y así lo creen los interesados, que los que tal hacen son la flor y nata de aquella, ya bien escasa, población, claro está que así resulta una selección en sentido inverso, reproduciéndose sólo lo que los vaticanistas, en su fuero interno, han de llamar morralla.

Verdad es que hay impíos en aquel curioso país que dicen que no; que dicen que los que así proceden son lo peorcito, si no física, intelectualmente; pero, sobre que esto es interminablemente discutible, no deben poner la cuestión en estos términos, sino aceptar los mismos en que la pone ó considera puesta el Vaticano. ¿Son lo mejor, lo más inteligente, lo más virtuoso? Pues entonces ¿qué horrendo delito ha cometido el pueblo español para que caiga sobre él la especie de bíblica maldición que implica ó representa el admitir y proteger sin limitación ninguna, profesiones y prácticas que tan derecha y eficazmente van contra el aumento de población y el mejoramiento de la raza? Porque esto, evidentemente, no es cuestión religiosa, aunque como tal la plantean Vaticano y vaticanistas; con esto nada tiene que ver la doctrina de Cristo, y sí tiene mucho que ver la de Darwin. En ningún otro país se permitiría tan seguro y tan consciente suicidio nacional. Mientras un ciudadano, ó, si se quiere, todos los ciudadanos, cada uno de por sí, se propongan no casarse, ni reproducirse, nadie puede ni debe impedirlo. Pero que se reúnan ó asocien miles y miles de ellos, con el reconocido propósito de practicar la esterilidad, y predicarla y propagarla, llámense como se llamen, sean lo que sean, eunucos, castrados, santos ¿no ha de ser todavía menos tolerable que si otros tantos se reuniesen ó asociasen para lo contrario, para predicar y en lo posible practicar científicamente el amor libre ó cuanto creyeran conducente á fines tan patrióticos y humanitarios como los de aumentar y mejorar la población del reino?

¿Curiosa monarquía! ¿Por qué los señores de ella tendrán, como tienen, decidida aversión á esa mejora y ese aumento? ¿Por qué no omitirán medio ni perdonarán ocasión de contrariarlos? Sobre la abstinencia que buen número de católicos se imponen privadamente, aun entre marido y mujer, aquellos señores se dejan imponer y protegen el celibato en masa;

“EL MOTÍN ECLESIASTICO”

(RESERVADO AL CLERO)

A UNO Y A TODOS

Ante todo debo daros cuenta de mi situación canónica.

Fui sometido á un proceso de la Inquisición romana, sin citarme á comparecer, sin darme cuenta de la acusación y sin invitarme á descargo. En vez de notificarme la sentencia á mí, el más interesado, se notificó al público mundial por conducto del Nuncio y de los boletines eclesiásticos, con agravio de las leyes nacionales y de los cánones.

Al verme indefenso y herido de este modo, por sorpresa, por la espalda y por un golpe de Estado de la Santa Sede rebelde á la tradición y á la disciplina, me sometí como se sometió Cristo á Caifás y á Pilatos. Exigi el castigo merecido por las faltas supuestas en las acusaciones de mí ignoradas; cumplí al pie de la letra la pena; se me declaró absuelto y rehabilitado, y al recoger el testimonio de esta rehabilitación, manifesté al cardenal Casañas, delegado «in casu» del Santo Oficio, que, toda vez que la Iglesia se declaraba pagada de los caprichos judiciales y persecutorios contra mí, aceptaba el testimonio como finiquito de cuentas, y que, presentándose ella á mi conciencia como antro de injusticia, de contradicción, de arbitrariedad y de tiranía, no podía honrada y lícitamente continuar en su servicio. Y, en consecuencia, que creyendo no convenirme á ella retenerme á mí en el seno de su jerarquía, ni á mí el continuar en el próximo peligro de romper la crisma á algún obispo ó cardenal, presentaba la renuncia de mis derechos, pedía la exoneración de mis deberes clericales y solicitaba autorización por escrito para la vida seglar y para la profesión de publicista.

El cardenal contestó como delegado pontificio que, en vista de tales razones, quedaba autorizado para la vida seglar y de escritor «absteniéndose de tratar de cuestiones que afecten al Dogma, Disciplina y Moral Eclesiásticas.» Sobre las peticiones de dispensa para el matrimonio, cursadas por el Excmo. Obispo de Madrid-Alcalá, la curia romana notificó al prelado que se me concederían las dispensas de hábito, rezo, etcétera... y ahí me tenéis, antiguos compañeros y siempre queridos amigos míos; tal es mi situación canónica, que para sí quisieran los herejes ocultos y simoníacos de las curias.

Con esto queda hecha mi presentación.

¿Querían los jesuitas alejarme del púlpito para que no les ofuscara sus «grandes» oradores? Ya lo lograron. ¿Querían que mis escritos no compitieran con los suyos? Ya lo tienen. ¿Querían los obispos matar y disolver la asociación sacerdotal que daba al traste con sus tiranías y aminoraba el coto redondo de sus agios simoníacos, así políticos como confidenciales? Ya está disuelta.

Me vencieron; es decir, me asquea-

ron, me hartaron, me horrorizaron y me hicieron avergonzarme del papel de comparsa mudo de la farsa de la gente oficial de la Iglesia.

Ya estoy fuera yo: ya han quedado á sus anchas.

Yo les he pagado «todas mis deudas»: ellos no me han pagado ninguna, y este negocio es demasiado gitano para soportarlo en bien.

Y pues no llevan intención de pagar, he de cobrar por mi mano; y esto haremos.

Ahora debiera demostraros que los excomulgados de la Iglesia son los inquisidores y obispos que intentaron excomulgarme á mí; pero esto de su peso se cae; ellos lo saben perfectamente; mas como el «rebaño de borregos» es incapaz de entender de razones canónicas y sólo entiende los trallazos y estacazos de los pseudo-pastores elegidos por la gracia de los caciques y para desgracia del clero y pueblo fieles, sería trabajo perdido y ocioso el de irles con latines ni teologías.

Pero antes de que se les ocurra excomulgarme nuevamente á mí por decir lo que pienso decirlos, será muy conveniente excomulgarles á ellos en virtud de los hechos públicos notoriamente contrarios al Evangelio y al Catolicismo; y toda vez que el excomulgado pierde toda jurisdicción y son fríos todos sus actos, con esto, excomulgados quedan é incapacitados para excomulgar, é irritas quedan como tiros con pólvora y en el aire, sus ruidosos anatemas. Detentadores son de la autoridad eclesiástica, por más que afirmen lo contrario los incompetentes jueces civiles. Con lo cual estamos al cabo de la calle, y no hay que hablar más de esto.

A instancias de algunos he decidido dirigirme á todos vosotros, ministros oficiales de la Iglesia, para explicaros lo que he visto, oído, tocado, sufrido y experimentado en esa cueva de Montesinos, donde vosotros, inocentes como yo lo fui, vivís encantados por los perfumes del opio ó del incienso, por las melodías de la salmodia y por las lujuriosas caricias con que la pérfida Iglesia simoníaca excita vuestras pasiones, llevándoos, no á la cima del monte, sino á la cúspide de la catedral y del Vaticano, diciéndoos: «Todo eso... oro, títulos, honores, autoridad... te daré si rendidamente me adorases y ciegamente me sirvieses. Si me sirves, haré que te llamen santo; besarán tus manos las vírgenes, solicitarán tu compañía las viudas, se arrastrarán ante ti los beatos...»

¡Oh, amigos míos!... Mil veces os silbar en mis oídos este síbilo satánico de la seducción y del soborno; y otras tantas—no siempre sin titubear—tuve fuerza para decirle: «Vade retro, obispo traidor, cardenal infame, papa malvado... Contigo y para tu perdición sean tu dinero, tus palacios, tu poder...»

—Si no me sirves—continuó diciéndome,—haré que te llamen demonio, que te nieguen el pan y el agua y el saludo, que como Abelardo vayas errante á semejanza de Caín, hasta que te doblegues y te veas pordioseando por las calles como Rojas y Serrat, ó tirando de la polea de un pozo de minas como el párroco de Teruel, ó que te doblegues ante mi omnipotencia como Ardieta y Verdaguer para servir de espectáculo á mis siervos, ó que te veas obligado á mendigar el mendrugo de pan á la miserable puerta de los protestantes que te lo cobrarán exhibiéndote por el mundo como instrumento de propaganda.

Y confieso que al oír esto, y al vencerme de que el obispo «atán no mentía ni exageraba, sentí temblor y espanto, y aun el estómago y los músculos me ponían en los labios la confesión «¡te adoro, Satanás!»; pero mis nervios se resistieron y botaron con un desesperado «¡vade retro: non serviam!»

Y sabed que desde que ocurrió esto hace seis años, el diablo tentador se quedó corto en sus amenazas, y que además de pasar por todas sus baquetas, he tenido que pasar por las baquetas de enfermedades quebranta loras de todo aliento, y por pruebas que me calló, capaces de rendir á un coloso.

Pero ¡vive todavía! y no sólo pueda ir repitiéndole al Satanás del Templo: «¡non serviam!»... ¡no jugarás más conmigo!... cosa que le irrita y descomocorino que ahora voy á comenzar á echar, le higas y chinitas á las narices, y aun voy á ver si le cojo los cuernos ó el rabo con las tenazas, que será cosa divertida y ejemplar.

Y como para enfurecerle no hay cosa mejor que el que os enseñe á vosotros á ver que la «moral» oficial de esos cuantos diablos que monopolizan el título de Iglesia, es el colmo de la inmoralidad, que su Disciplina es la inversión de toda disciplina y que su Dogma es la negación y falsificación de todo dogma, ó sea, que componen una «Iglesia cismática y herética», con capa de ortodoxia y de «celo por la casa de Dios» mientras Dios se la cede á ellos; por esto hame parecido conveniente invitaros á todos á leer con devoción religiosa y á preparar este SANTO MOTÍN, semejante al del Arcángel Gabriel contra su jefe y pontífice Lucifer.

—Yo soy Dios—dijo éste, y de él lo aprendieron los «lucíferos» romanos.

—Lo veremos—dijéronle algunos, los menos. Y se armó aquella trapatista divina, que fué cantada en la Divina Comedia.

Vedme, pues, levantando el pendón y escribiendo en él este lema: «El romanismo es el Anticristo.»

Y como sería favor excesivo tomarle en serio á tal mamarracho, burla-burlando, que es como mejor saben las doctrinas, iremos echándole higas y chinitas, que os divertirán grandemente á vosotros y volverán furiosos á los señores ministros y oficiales del Estado Mayor de «Su Santidad», si Dios nos ayuda con su gracia y si Nakens no me retira estas paginillas.

Para que nadie se llame á engaño, vamos á hablar clarito.

Me propongo tomar venganza contra la curia romana, contra los obispos y

contra la frailería «de arriba», cortándoles las uñas á esas fierecillas, tigres para con los débiles y ranas para con los fuertes.

La manera de cortarles esas uñas es... eso: enseñando el lado del cuerpo por donde parecen tigres y el cuarto trasero por donde resultan ranas.

A eso vengo: á enseñar á los que no saben la manera de bregar á esos truchas y truchimanes, bajándoles sus ilustrísimos humos.

De esta labor sois mis consocios vosotros, todos los del «clero bajo», y aun aquellos del clero alto que se metieron en él sin saber dónde se metían. Vosotros, muchachos honrados y ministros celosos, que os halláis colocados en la situación de los probos oficinistas empleados de un banco o estrafalario, que rebusca con candil los sujetos honrados para que no le engañen, estafen y roben á él, con objeto de ser él único ladrón que se aproveche del robo y estafas, envueltos dentro de un negocio infame, cuya maldad se esconde á la hombría de bien de sus empleados que le sirven de reclamo. Así estáis vosotros, curitas entretenidos en el pequeño círculo de vuestros cargos y frailecillos embucados en las prácticas piadosas.

Vosotros, con vuestra honradez, probidad, santidad y virtudes, ganáis el corazón y confianza de las gentes y las conducís á la Iglesia; y una vez allí, vienen vuestros jefes, eligen las «ovejas lozanas», las apartan de vuestra vista y las orlean, trasquilan ó degüellan en el secreto de los «centros autoritarios», para devorarlas hasta los huesos ó para devolvérolas extenuadas, roñosas, esquivas y hurafas.

Porque, fijáos bien en esto, amigos: Cien años atrás en España no había un anticlerical, siendo todo el mundo antijesuita. ¿De dónde han salido los anticlericales de ahora sino de los piadosos devotos de antaño? ¿Y quién les ha convertido en anticlericales, y aun en impíos?

No fuisteis vosotros, párrocos laboriosos, coadjutores trabajadores y humildes; ni vosotros, frailes misioneros, eemplares imitadores de Cristo: los «otros» han sido: los de arriba, puestos para alumbrar el mundo, y que lo han apestado con el humo irrespirable de sus vicios.

Esos mismos «impíos» y los mismos anticlericales, pregonan con las palabras y con las obras esta verdad.

¡Ah, frailes honrados! Si todos hubiesen sido como vosotros, predicadores de la humilde obediencia al deber, de la recta castidad y de la sincera pobreza, el mundo aplaudiría á los frailes. Pero detrás de vosotros los castos, los pobres y los humildes, están los frailes avarientos, rapaces, disolutos, perversos y «óspotas», de quienes vosotros sois «ábelón» y víctimas. Su «deshonestidad», su «soberbia» y su «rapacidad insaciable» son las que atraen sobre las órdenes el odio del mundo, como en su tiempo atrajeron el odio de Cristo.

¡Ah, clérigos miserables y operarios del Evangelio! la persecución contra la Iglesia no va, observadlo bien, contra la «fe», contra la «esperanza», contra la «caridad», fundamentales del cristianismo, ni siquiera contra los sacramentos, sino contra los que hacen del Templo trastienda de sus simonías, de sus favo-

ritismos, de sus intrigas, de sus agios, de sus latrocinios y de sus vicios; los que hacen de la sacristía, antro de intrigas y de especulaciones; del confesonario, capó para seducir incautas; del ornamento, disfraz de sus intenciones villanas; de la llave del sagrario, ganzúa para robar al pueblo y al Estado; del ministerio, en fin, oficio de industrias ruines y criminales.

Y ahí tenéis la prueba. El pueblo español que gritaba «¡abajo los jesuitas y abajo el obispo!» es el mismo que gritaba «¡viva Verdagué!» El pueblo que quemaba conventos es el mismo que lleva á Prat el pan de cada día. No es, pues, odio á Dios, ni al sacerdocio, ni á la virtud, sino á la hipocresía y al fariseísmo; á la maldad de unos disimulada con la virtud de otros.

Y ¿quién de vosotros se atrevería á reprobar esa justicia del pueblo, cuando el propio Cristo fué el que os mandó execrar «al infamia»?

Los perversos se llaman hermanos vuestros, hermanos y compañeros de los justos y buscan vuestra compañía y solidaridad. Pero fijaos: ¿cuándo es que os reconocen como «hijos» los obispos y como «hermanos» los de arriba? No es á la hora de comer la familia, pues sus perros y caballos comen á mandíbula batiente, mientras muchos de vosotros ayunáis; no es á la hora de cobrar y de cortar cupones, pues los obispos y abades y rectores se dan buena maña para esconderse de vosotros como del guardia civil el ladrón. No es á la hora de los honores, pues ellos arrastran lujoso coche en plena mocedad, y muchos de vosotros andáis con muletas en la vejez. Pues ¿cuándo sois reconocidos como hermanos y como hijos?

A la hora de los estacazos. Entonces es cuando gritan: «ese es de los nuestros», para que el palo os coja primero á vosotros. Hacen como el ladrón que busca la compañía de los vecinos honrados, y se les mete en su casa, y busca su garantía y se parapeta tras ellos para que la policía no le alcance con «su lazo»; y no pueda herirle á él sin hacer víctimas inocentes. Y en pasando la refriega, ya no hay más hermanos ni tales hijos; el Papa se va con sus millones, cerrando con las llaves de San Pedro y de Judas las arcas y las puertas del Vaticano.

Y estas y otras mil cosas vengo á deciros, y á enseñaros el modo de separaros de esas malas compañías que os deshonoran y comprometen, para que cada palo aguante su vela.

Pero todo esto lo hemos de hacer riendonos y hablando á la pata la llana, como si estuviésemos platicando al amor de la lumbre y aun echando un traguito y un pitillo si es menester. Y hasta la próxima, queridos.

S. PEY ORDEIX

El Katipunan católico

¿Qué es el modernismo?

No os devanéis los sesos, teólogos católicos; el modernismo es un coco inventado por el Jesuitismo, soberano de la Santa Sede, para poder lanzar de la Iglesia á todos aquellos que estorban los planes y ambiciones de la Compañía de Jesús.

Es algo así como el antiguo *jansenismo* que ni el mismo Jansenio hubiera comprendido; ó, si queréis, algo semejante á la invención de la *Brujería*.

Cuando un sujeto estorbaba á los mangoneadores de la Iglesia, le llamaban *brujo*, le procesaban como tal, incitaban á los enemigos de la víctima á declarar, colocaban al reo en el potro hasta que se confesaba culpable; si no lo confesaba le mataban en el calabozo por infame, y si confesaba le llevaban como convicto y confeso á la hoguera pública.

Ahora la Iglesia, mediante la corrupción de los cánones que estaban en defensa del clero inferior, ha logrado crear una autoridad arbitraria y jesuita que viene á decir: *la autoridad no tiene ningún deber; el súbdito no tiene ningún derecho*.

Al mismo tiempo, como el clero se recluta de las clases pobres y en el seminario se incapacita á los alumnos para todo género de trabajo lucrativo, el sacerdote ha de vivir exclusivamente del *ministerio*. Los obispos y el Papa, por medio de los Concordatos, se han hecho dueños de la pagaduría de los sueldos y rentas beneficios y de los templos, y mediante la injusticia canónica, se han hecho dueños del ejercicio ministerial.

El *modernismo* les servirá para *suspendinger de licencias* al víctima, cerrándole las puertas del templo, y para retener el sueldo benefical, cerrándole las del presupuesto y rentas.

Con esto, ellos roban al damnificado sus intereses y á éste le condenan á morir de hambre, á él y á toda su familia, y además le insultan y deshonoran por *privilegio del Estado*, que les declara inviolables, y concitan sobre él el insolente odio de los serviles, de los hipócritas, de los idiotas y de los cobardes.

De modo que el *modernismo* es una invención jesuita para poder deshonorar, infamar y matar á los sacerdotes que hacen la competencia á los jesuitas, mangoneadores del Vaticano y que no se rinden totalmente al capricho de la autoridad, llevándole el dinero sacado del pueblo fiel, aplaudiendo los desaciertos, alabando como virtudes sus crímenes y coadyuvando á las ambiciones de riqueza, dominio y tiranía de la autoridad.

Aquí tenéis el *modernismo* para vosotros.

Sobre cada uno de vosotros puede procederse por hechos ó palabras, ó si no por intenciones, ó si no por sospechas, ó si no *ex informata conscientia* de estos tunantes faltos de toda conciencia.

Los procedimientos inventados para el caso, son los propios de una cuadrilla de bandoleros: el *chisme* anónimo, la *delación secreta*, el *proceso masónico*; es decir, un Katipunan de la peor índole, que debe llamarse el *Katipunan de la Iglesia*.